

Arribos y Partidas

Gustavo Adrián Guinaldo

Arribos y Partidas

Gustavo Adrián Guinaldo



Colección Plustiplus



Imaginante
editorial

Gustavo Adrián, Guinaldo
Arribos y partidas. - 1a ed. - Villa Sáenz Peña :
Imaginante, 2012.
170 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-1897-06-3

1. Poesía Argentina. I. Título
CDD A861

Editor: Oscar Fortuna.

Correcciones: Diana Regueira.

Imagen de tapa: Piso de mosaico de “La Casa de los Delfines”,
Delos, Grecia.

© 2012 Gustavo Adrián Guinaldo.

© De esta edición:

2012 - Editorial Imaginante.

editorialimaginante@hotmail.com

www.editorialimaginante.com.ar

www.facebook.com/editorialimaginante

Impreso en Argentina.

Se permite la reproducción parcial de esta obra siempre que se haga
mención de la autora, nombre de la editorial y título de la obra.

Esta edición de 100 ejemplares se terminó de imprimir en el mes
de noviembre de 2012 en los talleres gráficos de TecnoOffset, José
Joaquín Araujo 3293, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
República Argentina.

Aún sigues aquí.

Para Mónica

Prólogo

Poesía que llega para desadormecernos. Poesía inmersa en el curso de la experiencia vital a la que pertenece. Lenguaje poético que no es mera reproducción pasiva y maquillada de la realidad y que, sin embargo, no busca hacer de ella una representación fehaciente ni mucho menos pretende embellecerla ni evadirla, sino que reclama para sí el reconocimiento de su espontánea e intemporal fuerza creadora. Lenguaje poético que se rehúsa a ser matizado y que, no obstante, busca echar luz sobre lo que somos, quizá sobre lo que, en tanto queramos, podríamos ser. Poesía inescindible del deseo de cambiar la vida. Poesía que quiere enriquecer nuestra sensibilidad en tiempos en que la crueldad tiende a exacerbarse. Poesía que, como otra vía distinta de conocimiento, resiste y reincide, volviendo obstinada una y otra vez sobre el mundo desencantado de la razón instrumental que no encuentra lugar en su agenda para darle cita, atestada por el tiempo tecnocientífico de la producción, por las reglas del mercado de consumo, por el voraz y mezquino ritmo financiero, por los discursos alienantes del yo patriarcal e hiperindividualista. Y para eso, en esa insistencia, un regreso poético a la otredad, al amor, a la finitud, para retornar más solidarios y fraternales a otro próspero yo.

La realidad humana no es algo que sólo pueda ser considerado como meramente físico pues, el universo simbólico excede este aspecto con holgura. Digamos también que el lenguaje no media entre el mundo y la conciencia, entre el yo y el mundo, sino que es constitutivo de la realidad humana (no de una realidad única y con mayúscula). Guinaldo adhiere a que el

hombre no es sino resultado de una trama de interrelaciones, y éste se constituye como sujeto en el lenguaje. Pensamos en y por el lenguaje, de modo que, dicho pensamiento habrá de tomar la forma del mismo. De esta manera nos significamos y significamos nuestra realidad según la representación que nos formamos de nosotros mismos y del mundo. Y es para ese sí mismo que transformamos, construimos y modificamos la propia realidad que nos damos y también, de hecho, las estructuras de nuestras relaciones, nuestras formas de vincularnos. Somos, en buena parte, causa y efecto de nuestro propio poder discursivo. Y así creamos nuestros discursos y corremos el riesgo de ser pensados por los mismos, de ser colonizados por relatos totalizantes que se arroguen ser los definitivos. De ahí que recobrar el lenguaje dionisiaco de la poesía se torna una cuestión imprescindible para toda utopía, para toda nueva esperanza. Y a eso aspira la poesía que aquí presentamos, una poesía de la que no se sale inmune, que invita a ser modificado, que revela una conciencia crítica en tanto está destinada a señalar incluso lo incómodo, lo reprimido; que sabe que habrá que construir sobre lo contingente, sobre lo eventual. Poesía que, como se verá, no se desvincula del compromiso social, compromiso que quiere ser universal y por dicha razón, no se reduce a la sola periferia en tanto poesía de su tiempo, poesía de viajero, poesía de navegante inmersa en las redes informáticas y audiovisuales del mundo globalizado que se instala dentro de nuestro propio hogar trayendo cercanas lejanías. Una poesía, que por ser poesía, rompe con lo pautado, con todo intento de taxidermia impuesto por los moldes rígidos de los sistemas represivos que invaden y someten al lenguaje cotidiano

y atentan contra el devenir, ese indiferenciado flujo que nos asalta de continuo y al que no nos queda sino ir moldeando a través de nuestras perspectivas. ¿Cómo no contemplar entonces, ante tamaña responsabilidad, la participación de la poesía, esa corriente inherente a la condición humana capaz de devolvernos renovados al mundo inmediato de la vida concreta?

Por esa razón, la obra de Guinaldo está impregnada de una atmósfera de finitud que nos da señales de alerta. Ciertamente es que, deslizarse poéticamente junto al concepto de finitud, rozándolo casi de continuo, implica asumir un recorrido por zonas antipáticas, senderos ásperos que pueden dar lugar a malos entendidos, valga la advertencia al lector, que no debe perder de vista el carácter intertextual de los poemas, lo que le exigirá involucrarse interpretante adentrándose en los pasadizos que circulan de uno a otro.

Por otra parte, el abordaje del fin de la vida es un tema capital que en definitiva, termina resistiendo todo análisis posible. Pero el concepto de finitud no remite aquí a la muerte como pura referencia, es decir, no aborda a la finitud por la finitud misma, sino que atiende al ente finito para redimensionar la intensidad de la vida, y lo hace como tiempo vivo limitado en tanto gran posibilidad de vivir realizándonos en ello. Un tiempo contado que pueda ser en buena medida aprovechado, advertidos del alto costo de impersonalidad con el que se paga el ingrato papel de engranaje social sustituible dictado por el sistema alienante, que no deja suficiente espacio para la propia elección y la realización autónoma.

Lo cierto es que dejarse llevar por el influjo de una poesía que merodea lo finito, conlleva contemplar otros conceptos de importancia ineludible que con él

coexisten. Algunos metafísicos, relativos a los problemas existenciales, como la nada, Dios, el tiempo, la eternidad, el sentido y el sinsentido. Y otros si bien no de corte metafísico, de una magnitud incuestionable que amerita profunda reflexión en nuestras vidas. Por eso no resulta extraño que, en este caso, en la senda misma de la finitud uno se encuentre con lo imprescindible del amor (el cual tiene un despliegue preferencial al inicio de la obra y se irá desbordando más allá del amado cercano), el otro (el prójimo) y los otros otros (los entes no humanos) como coautores del sí mismo y compañeros de tránsito. Se hacen presentes, también tematizados, la tragedia de la individuación, la nostalgia de la infancia y de lo irrepetible, así como la angustia, la crueldad, la vulnerabilidad, el deterioro, la esperanza, el escepticismo, la contradicción (tan propia de la humano), la religiosidad y la religión, la Historia, las limitaciones de la razón, y por supuesto, lo autorreferencial.

Todo pasa en el texto por la poesía, por el carácter plástico del lenguaje poético, precursor del ánimo de nuevo sentidos, de nuevas perspectivas, de nuevos posibles. Porque como todo lenguaje, la poesía no es inocua o fútil. Su espíritu dionisiaco se resiste a la clausura y así al poder discursivo de otros lenguajes. Lenguajes como el técnico científico, o bien el lenguaje de la economía y de la política, digamos el poder discursivo de las disciplinas de la ciencia en general, que está destinado a producir verdad, tratando de imponer sus estructuras y así su normalización orientada a la formación de una voluntad que opera a través de dichas convicciones e ideas. Contingencia del lenguaje que construye su verdad y que no puede implementarse sin

encapsular el devenir en conceptos, dejando de lado toda una multiplicidad de experiencias divergentes; imposibilitado para ajustarse a lo abierto en tanto lo abierto no posee la característica de ser una totalidad. De esta forma, bien puede decirse que el lenguaje apuntala en los rótulos de sus conceptos un esquema mental de fabricación social inclinado a expresar lo que existe en formas de alternativas radicales y opuestos absolutos (pensemos en binomios como sí mismo/otro, femenino/masculino, público/privado, etc).

Pensamos en el lenguaje, pero más lo hacemos con sus etiquetas, con rótulos deficientes para expresar vínculos urgentes e irremplazables que quedan velados en la precariedad discursiva. Y el lenguaje poético llega para rehabilitar omisiones entre el yo, el otro, los otros otros y el mundo (lo otro), porque nunca hay oposición en sentido estricto. La oposición misma entre los entes vivos es también un vínculo en cuanto afectación (es fantasmática), es decir, es una diferencia o tensión vinculante dado que el ente tiene la peculiaridad de estar abierto en el mundo y es justamente esta apertura, este inacabamiento, lo que lo permite y sostiene como finito tiempo vivo. Notemos entonces que la relación precede al yo, y así al otro -sea el otro el que fuere-, y en tanto es resultado, proceso, el yo, el otro, los otros otros son también relación, digamos relación en relación. La relación (ya no síntesis) es su condición de existencia. Ahora, si bien el sujeto es irreductible al otro (lo que puede llamarse la tragedia de la individuación) sería inviable sin la otredad, de modo que su peculiar originalidad (no su origen) es resultado de un cruce de relaciones (de allí la importancia de lo dialógico), de ser relación en relación, de allí que ni el sí mismo ni el otro

deben ser considerados ajenos a esta interconstitución en tanto todo tipo de otredad está abierta a participar - con reservas, claro- en la constitución del sí mismo como tal. Pero los conceptos relativos al yo (sí mismo, individuo, sujeto) han recibido la herencia de una identidad sin relación por parte de la metafísica de la presencia de la filosofía identitaria tradicional. A grandes rasgos, ésta sería la visión de Guinaldo acerca de la otredad, la que no relega a los otros otros, entes de otras especies, entes no humanos, otros compañeros de ruta con el mismo punto de retorno, merecedores de una nueva mirada profunda y de nuestro sentido reconocimiento de existentes, que no carecen de una vida en la que pueden experimentar afecto, alegría, placer, dolor y demás sentimientos y vivencias, sometidos a una visión antropocéntrica apuntalada en el diseño descuidado de un discurso que enmascara en el lenguaje -y en la falta de lenguaje de esos otros otros- nuestra crueldad, que pareciera otorgarles una falsa representación mecánica, vaciada y distorsionada intencionalmente, recurso con el que escapar a la culpa y a la responsabilidad. Y para eso, poesía que también abreva en la fuente de la otra otredad, poesía de brotes inesperados.

Sorprenderá seguramente esta previa filosófica que sólo tiene como finalidad introducir al lector en la filosofía del autor. Pero éste no es un tratado filosófico ni texto alguno que pueda considerarse verdadero o falso, ni justo ni injusto, ni moral ni inmoral. Es poesía (de cuño filosófico, sí) que quiere desbordar, que no se queda en lo puramente estético y que reclama su status de corriente movilizadora en un mundo saturado por la producción en serie de objetos de consumo, alienado en

los medios de información que formatean nuestra percepción de la realidad, con la mayoría de nuestro tiempo sometido a la explotación a través del trabajo, poco conscientes de nuestra transitoriedad, de nuestro tiempo contado, apoyados aún en los resabios de la compensación prometida por el viejo dispositivo del mundo trascendente funcional al sistema, para el cual lo poético no puede ser sino algo de temer en tanto arriba con su “caos inspirador” para alterar el orden establecido y sus mecanismos de dominación.

Poesía militante de la vida entonces, próxima, a veces crítica, a veces cruda, que no rehúye los sitios a los que conducen los contrastes de las circunstancias anímicas. Compromiso poético, poesía del martillo, maldita poesía. Así es como la entiende Guinaldo, a la manera de una energía deconstructiva que no pretende anclar en ningún puerto seguro ni último. Poesía a veces, inevitablemente, arrojada para incomodar, provocativa, que desafía a ponernos en situación. Poesía que nos arrastra al encantamiento del quizá, en la finitud del mundo encantado del quizá; quizá como indefinición que nunca paraliza, quizá la nada, quizá no. Quizá que nada afirma ni niega. Poesía finita que no dice ni cómo, ni cuándo, ni dónde pero es siempre el misterio del quizá, un quizá que no es mera incertidumbre, es quizá, fuente de la cual abreviar para aquellos que tienen sed de tal vez, aún cuando su destino es incierto y frágil. Poética conciencia de lo vulnerable que nos hace más fuertes al despertarnos a la posibilidad de la originalidad. Poesía que por ser humana es finita, y no obstante tiende al infinito. Poesía finita que ayuda a vivir y a morir con curiosidad. Lenguaje poético que nos pone a salvaguarda del estatismo momificador y alienante de las formas

impuestas que, paradójicamente, no son sino un final anticipado a la finitud en tanto encarnan la muerte del proyecto creativo, de la impronta, de la propia huella, que estanca al tiempo vivo, a la viva finitud del ente finito en la monotonía de lo disecado atorando las facultades para su despliegue. Poesía del eterno retorno de lo mismo y de lo diferente. Poesía que llama a ser auténtico, a sublimar con inventiva, a no ser copia, símil de valores y prejuicios a los que nos hemos acostumbrado y ya ni siquiera ponemos en tela de juicio. Extraña botella al mar.

De todo esto trata la presente obra poética, que abre en el inicio con los sueños y el amor al compañero de senda, al otro inmediato, a la amada en este caso; amor a la vida y al otro en todas sus múltiples formas, amor finito, poesía del arribado que aún perdido por perdido, sabiendo de su próxima partida resiste, y resistiendo se agiganta y enriquece todavía más a través del don poético que quizá nada espera y en su propósito poético es un puro dar.

Álvaro Alberto Nogueira Reis

Siempre

Sueño N° 0

¿Sabe alguien a dónde van a dar los sueños malogrados?
Su insubstantial y noble especie nos libera de andar
saltando,
soslayando tanto anhelo yerto, ese encubierto campo-
santo
que se resiste a abandonarnos y que acompaña a diario
con su ejército de ánimas cada paso nuestro. Y son tan-
tos... tantos...

...no llega la vocación del álgebra a sus ábacos para dar
cuenta
de ellos. ¿Con cuántos pocos sueños construimos este
mundo?
¿Con cuántas pesadillas y destierros? En contraste, toda
una etérea
arqueología de orbes sobrevuela el circular vuelo de sus
propios
cuervos.]

Recuerdo aquella azulada época en la que esperaba ser
bombero,
astronauta, maquinista de tren, explorador, héroe y
bucanero.
¿Y quién de nosotros a su tiempo se rehusó a una uto-
pista y
confitada porción de todo aquello? ¿Qué obrero, qué
oficinista,

qué empresario, qué empleado de comercio no mendiga la fastuosa
abundancia de ese evanescente ayer que nos ha dejado huérfanos?

¿Qué ocurrió? ¿Alguien sabe por qué reina esta mecánica retahíla
de maníaco ajetreo? De la casa al trabajo, del trabajo a la casa y otra vez así para empezar de nuevo. ¿A qué prostituida y perturbada
maquinaria le delegamos el comando que ha tapiado los márgenes
de nuestro mar y nuestro cielo?]

Quiero que éste sea un poema redentor, escrito para conjurar los sueños muertos. Los conmino a alzarse de sus tumbas como si nada
de esto hubiera sido hecho; que surjan como un Dios avergonzado
y penitente, repatriado y auspicioso, venido a derribar su obra, para
empezar de cero.]

Adiós, Absoluto

“El deseo es la causa del dolor. La supresión del dolor surge del desapego de las cosas sensibles, del aniquilamiento del deseo.”

Principio Budista de la doctrina o enseñanzas del Buda o el Iluminado o el Despierto

Seguiré aquí, sin nunca renunciar
a la eterna rueda de mis encarnaciones;
ya no podré franquear
las puertas de la Orilla
sin Nirvana, con ataduras y pasiones,
y aunque quede para mí
el terrenal dolor y el sufrimiento
de permanecer siempre cuerpo, impuro,
lo prefiero, lo elijo,
yo soy eso: deseo iluminado en besos tuyos.

Siempre

Para Mónica

Siempre:
consoladora y eficiente
declaración.

Siempre:
consagración metafísica o
acariciante alucinación.

Siempre:
lo que sólo tú me inspiras,
anhelo que inaugura tu mirada.

Siempre:
imponderable sonrisa
en que imposibilitar las alas del
olvido.

Siempre,
presumible perpetuadora del Siempre,
siempre tendrás el mío.

Relicario

Toda mi vida es tu relicario,
me abro para abrirte
a mí,
te abro para abrirme.
Cada sol duró
lo que tu recuerdo,
cada sueño.
Antes de esperarte
te esperé sin rostro,
antes de esperarte
ya te recordaba.
Me abro para abrirte
a mí,
te abro para abrirme,
si tengo que partir
me voy tu relicario.
Me abro para abrirte,
te abro para abrirme,
si me cierro,
si me abro al fin
te diré,
que me abras,
que te abras
relicario.

De tu mano, la vida

*“... y casi sin darse cuenta,
como si se tratara de un dictamen de la naturaleza,
como si incluso no hubiera otras cientos de formas
diversas de desplazarse por la vida, así y todo, fueran donde fueran,
siempre tomados de la mano iban.”*

¿Quién recordará a quién?
¿Qué manos sentirán el retiro
de la soledad última?
¿Acaso las tuyas? ¿Acaso las mías?
¿Sobre quién caerá
su hora final sin compañía?
¿Quién esperará el Enigma
con el pecho apretado
por la perra vida?
De ser yo quiero que sepas,
como nunca
te desearé ese día
y mi último aliento será
para encontrarte,
aunque ya nunca te encuentre,
manos mías.

Entrar

Entrarte desde dentro
como un mismo sitio.
Que volviendo de él
nunca se deje
y yendo hacia allí
nunca se parta.

Entrarte desde dentro
para entrar
con toda la palabra
y no a medias
de llaves o ventanas.
Tan simple como entrar,
que no me abras
para que un día te encuentre
desde siempre,
la que nunca
me esperaba.

Entrarte desde dentro
y así no ocupar nada.

Entrarte desde dentro
saber que te habitaba.

Entrarte desde dentro
a tu modo de instalada.

Estrategia de conversiones

De mi espacio interior ser cosmonauta
en condición inmejorable de naufragio,
comprensivo confesor de todas las verdades,
pulgar abajo frente a todos los adagios.

Sarcasmo de punta en blanco, ecografía del absurdo,
con reservas clarividente de la duda,
manifiesto fugitivo de la evasión cotidiana,
fantasma traspapelado en mis lecturas.

Intemperante hedonista de lo irreductible,
roto eslabón de dependencias, ortopedias y otras brumas,
ancha espalda para enrostrarle a todo lo que apesta
extraviándose en la de Valencia y otras lunas.

Y sólo algunas veces volver como visita,
sin afeitarse, arriesgado, ingrátido y errante,
para dejarme deslizar en tu húmedo prodigio
con la última esperanza de encontrarme.

Presencia

¿Dónde estoy en esta hora
de extravío?
¿En dónde echarme el ancla,
entre qué olas,
en qué fondo de limo?
Buscándote giro
(a fuerza de creerme yo)
en todas las agujas
y empujo
en su delante
un hueco mendicante y mío.
Despiadado
es el sábado
y su tarde,
la tarda tarde
del viejo sábado curtido.
Su noche,
cansada y claudicante,
alumbra cercanías,
borrosos límites de mí,
cuando al fin
ladridos de júbilo y
tu llave
(sobre todo tu llave),
tienden su sí sereno
y me confirman.

El viaje extraordinario

En un hato volátil
me llevaré nuestras risas entre
las olas verde-turquesas,
todas ellas;
y entre ellas
como joya dilecta:
tu sonrisa.
No necesitaré más que ese espejo,
que su destello para darle
al barquero,
para hacerlo rico de una vez,
costeando así una excepción consentible,
por si acaso,
para volver con él
si es que tengo que buscarte,
un ramillete de flores dibujado detrás
de una factura oculto a mis espaldas,
para hacer de cualquier sitio,
de las cenizas,
de la nada incluso,
el único aceptable Paraíso.

Sin el OK de Buda

A Mónica, otra vez

No Bienaventurado, no es para ti,
no es para ti mi pan de oro.
Yo, que vine con ella de tan lejos,
puedo confiarte ahora: no es para ti.
Sólo unas prudentes monedas
dejo caer en las escudillas de tus monjes,
apenas si opacas monedas.

Lo que tengo de dorado,
de terreno, claro, y presuntuoso dorado
en la yema de mis dedos,
no brilla para la piedra o
para el bronce,
ni para el futuro insondable que
prometen las estupas
u otros templos en que soñar señales.

No, me queda claro, no es para ellos
ni tampoco para ti,
a quien dejo el respeto
del loto y del incienso.

De regreso, sentado en ventanilla,
aturdido de tanto cielo y nubes,
sin ángeles ni imprescindibles Evas
(mucho menos Absolutos),
no encuentro paraíso,
y ese celeste abismo que
se abre por detrás
mientras giro la cabeza y le sonrío,
no es tan malo.
¿A quién sino entregar mi pan de oro?
La acaricio entonces con
todo mi dorado.



“Cuántos nombres un nombre”

Más por menos “yo”
(ese cercado seco y fatigoso),
firmo tu nombre,
y me extiendo
en esa dulce periferia,
me ensancho
en esa palabra-horizonte,
en otra posibilidad nueva y única
por viva
inconmensurable.

Despegado de mí
y a mí, ahora, más cercano
me dejo ir en lo más y menos propio
de tu mano,
empiezo así a llevar también
tu nombre (al fin),
lo elijo (en parte, sí, tan solo en parte),
empiezo a aprender
por qué y cómo
me llamo.

Permanencia

¿Quién mirará nuestras
fotos, amor?
¿Hasta cuándo durará
su sentido?
Yo amo verte
en ellas feliz
y sé también que
un día
ya no podremos
verlas.
Quizá otros
abran nuestros álbumes
hasta que,
antes o después,
se desdibujen primero
en imágenes desvanecidas,
y luego....
luego...
Es lo más probable,
aunque
tengo una espontánea
ocurrencia:
¿será Internet lo más
parecido a la eternidad?
Crearé una página allí,
un sitio nuestro
para el que, curioso,
deseo mirarlas y,
quizá,

leer algunas especificaciones,
datos varios,
archivos emocionales,
breves biografías.
“Ves, curioso cibernauta
-le diremos implícitamente
a través de las imágenes-,
para algo sirven las vidas,
para esas sonrisas.”

Ésa ha sido la cruzada:
el gozo.
¿De lágrimas preguntas?
Bueno,
a esta altura de las circunstancias
no nos ocupemos de eso ya,
pero,
y no es malo que lo sepas,
también es aire de los vivos.

De los vivos
a no confundir,

porque aunque no lo creas,
y no te olvides de esto,
ni son tantos
ni lo son
porque respiran.

Chro-nos

Me engañé acerca del tiempo;
ni el flujo indefectible
que dicen todo lo atraviesa
ni el de la conciencia luminosa
en que aparece
el mundo.

Ni el movimiento circular
de los ciclos naturales
ni la infinitud,
ni el instante inextenso e
inasible,

ni el continuum puntual y
cuantificado,
nulo y clausurado,

ni el infame y vertiginoso,
vacío y homogéneo
reloj con tarjeta
del horario fabril.

Sólo tu rostro sincero,
tu mirada aconteciendo
ante mis ojos,
saber que estás ahí
útero externo,
mi dorado y elegido *kairós*
antes los tiempos,
mi sentido ahora,
mi ahora de sentido,
tiempo de mi tiempo,
dulce tiempo vivo:
nosotros, feliz placer finito
que aspira a eternidad.

Alegría

Cavo en la arena,
casi siempre cavo en la arena.
Puedo olvidarme de ello con
olvidos cortos e,
inmediatamente,
me vuelvo hacia la sed
y cavo, cavo en la arena.

Cavo transpirado, ayudado de
sonrisas nuevas,
sonrisas infantiles,
sonrisas, a decir verdad,
a veces un tanto traídas
de los pelos,
y así cavo para ambos,
para ti y para mí,
con humildes pasos de comedia,
lejos de uniformes caravanas,
todos los días, cada uno,
junto a ti, contigo,
sin que nadie nos vea,
cavo y cavo en la arena.

Y no deberían asombrarse de
que haya montañas, cordilleras de dunas,
altas palmeras datileras
al costado de los pozos
de cavar y no parar de hacerlo casi nunca
bajo el sol, la luna y las estrellas.

Cavo en la arena, cavo y cavo,
y lo que obtengo lo bebo y
contigo lo comparto
para seguir cavando en ella.
Y es que cavo y cavo y veo al mundo
que me acompaña raído
sentándose a la vera,
que a veces me agiliza con su látigo de siempre,
que a veces, pocas veces, me manca la tarea,
que a veces obliga a fuerza de muñones
a seguir así cavando
y amontonando arena.

Yo no quiero que tú caves,
te confieso,
pero no hay cómo vivir de otra manera,
quisiera para ti y por ti que todo fuera
un cántaro fresco
rebalsando ríos en la arena.
Pero, bueno, al menos no cavo por cavar,
ni cavo por el mundo y su continuo
que cambia y que no cambia de veras,
sino que allí, arena de por medio,
oasis y castillo,
me he saciado
día a día,
noche a noche,
poema a poema,
en la fuente de tus manos
de cavar arena.

El recorrido de las cenizas

De todas la flores secas entre las páginas de un libro,
la nuestra, la irrepetible, guarda junto a un Delfos
que no fue sin nosotros, bajo el sol,
el feliz y triste oráculo que nos dieron y nos dimos
a fuerza de carne viva ocultando el último destino,
a resistencia de sonrisa abandonada sin futuro,
de próximos “¿Quiénes?” sin respuesta que blandir.

Instantes, valiosos, sí,
el tuyo que hizo al mío
como todas las manos que pasearon su tacto
por las rotas columnas del Panteón
antes de imbricarse con palabras
a estos pétalos sin recuerdos,
algo mío y nuestro, tuyo, que no hemos sido;
si después de todo somos siempre lo que fuimos y
el pesado lastre del pretérito ajeno
(para lo cual no hay borda ni escisión),
siendo hasta esfumarnos telón adentro.

Sabes, sin que ellos lo sepan (y digo ellos)
diste sentido a su acto culpable e inocente
de traerme hasta aquí,
siempre en mí, en el mismo sitio mientras me acompañes,
ese mismo espacio-tiempo-tú
en el que desechar toda teoría
con silencioso y satisfecho aplomo de árbol añoso

entretreído en la dulce incertidumbre,
en el benigno desasosiego de tenerte mortal.

Nuestro desfile de yoes ha desafiado a lo diverso
traicionando a la traición y al traicionarse,
ficcionalando el uno más valioso,
esa estancia doble, ese doble inacabamiento,
la suave angustia absoluta de mirar a la distancia nues-
tro ahora,
pena finita de, aún juntos, habernos ya perdido el uno
al otro,
oculta pena finita de, a lo sumo, andar sabiendo que
habrá una despedida,
pragmáticos o ilusos, aferrados a la curiosidad ante la
partida,
a la esperanza de que seas el quizá.

Y al fin esos días de los otros
hablarán sobre estos ahora a terminarse,
los que apenas podrán arriesgar el decir: *los que se amaron*,
sin saber quiénes fuimos, ya acabados;
y fuimos tanto (y así somos) el uno con el otro,
tan finales aquí como un destello es la presencia
que por eso, tal vez, nada le siente tan bien como el olvido,
en tanto fue finito y trascendente este recorrido,
y frente a eso ni siquiera la importancia importe.

Inmortalidad a la japonesa

*Si la realidad sólo es protagonista
en los escenarios de las conciencias,
nunca quedará en claro
su distinción de la ficción.*

Es domingo y llueve. Con Mónica acabamos de ver una película de terror japonesa. En su argumento se revela el espantoso secreto que callaba la muerte: el cuerpo es el único vínculo capaz de comunicar a los espíritus entre sí y con el resto de las cosas. Por ende, la pérdida del mismo los condena en lo restante de su espectral existencia a continuar vagando en solitario sin posibilidad alguna de rebasar sus propios límites, atrapados en sus psiquismos desarraigados en tanto acontecimientos fenoménicos sin Dios. De aquí en más, tendrán que darse su propia realidad, eternamente, valiéndose de representaciones de por medio, pues no hay posibilidad alguna de disolución en algo así como la nada o el absoluto. Moni, con los pelos de punta (me odia en estos casos por, aceptémoslo, obligarla a compartir un género cinematográfico que detesta), a manera de alivio me dice: No sé cómo te puede gustar esto, Dios... qué perversos... tanto vos como ellos... mejor me voy a la cama". Y mientras la veo subir las escaleras con resuelto rumbo al dormitorio, quizá con cierta

intención de tomar distancia, aunque sea por un rato,
del desconcertante demonio con el que decidió com-
partir
sus corpóreos días; yo me río para mis adentros y me
guardo el hecho de que, particularmente, esa idea que en
principio parece resultar un tanto tenebrosa y decidi-
damente
macabra, no me disgusta, es más, diría que me otorga
cierto
relajamiento, cierta tranquilidad, y dirigiéndome a ella,
mientras me dispongo cómodamente a ver a solas otro
film del género, le contesto mentalmente: “Andá
nomás,
de todas formas, de ser así, el resto de mi confina-
miento
de fantasma, ese futuro circular de celuloide intangible
y a la carta, te guste o te no guste, me lo paso con vos”.

Extremaunción

¿Recuerdas las tormentas?
Vientos huracanados
partió la cuña
de nuestro latido,
mares enfurecidos, amor,
la proa de
nuestros sueños;
los besos
inflamaron
las velas
y nunca
nos faltaron
arenas
en las que
descansar
y recorrernos.
Cortamos
flores
de tantos
jardines,
¿lo recuerdas?
Qué hermosamente
trágico será
ver hacia atrás
y que nos bañe ese perfume,
respirar esa nostálgica aventura.
¡Ah! El alentador
retorno de lo mismo.
Vaciémonos de nosotros

llenando los abismos,
gastando juntos
hasta el último
de los atardeceres.

Amateur

Arribos y Partidas

¿Origen, Principio, Fin, Esencia, Tiempo?
Sólo palabras que aún nada le insinúan.
Y puede que aún sean sólo eso, imprecisiones,
firmes puntadas con que parchar las dudas.
Pero así y todo, que no son sino tan
irrelevantes para ése su momento, él
tan inquieto, tan sublime, tan pequeño;
cuando cabe a presión en uno tanta llama,
tanta viva energía, tanta sabia y desenfadada
sinrazón, tanto respetable aliento.

Es que, todo es tan asombrosamente nuevo
para él (y a decir verdad todo siempre es
nuevo), cada festiva carrera un viaje exótico,
una innumerable andanada de descubrimientos:
la Atlántida, las Américas, las Indias tan remotas
multiplicadas por astronómicos deseos,
los brazos extendidos en livianas alas
para un viaje interestelar a ras del suelo.

“Mira, abuelo, mira, mírame, abuelo”.
Y el abuelo que sonrío tibiamente y dice:
“Despacito, despacito, abuelo”.

¿Qué ven sus ojos desde su corta talla
que ya no veo para sentir aquello? ¿O qué
no ven los suyos desde su infranqueable
barricada que yo incriminado veo y siento?

Dentro o fuera de mí los restos del casco
de un naufragio allí en la orilla con desconfiados
cangrejos metiéndose en los huecos,
el rotundo paso de la experiencia magullada
eludiendo peces muertos frente al prudente
mar y su perpetua respuesta de silencio;
la travesía casi calva y arrugada, buena
o mala, de cara hacia los huesos.

El chico, por fortuna, inmune al deterioro,
al fatalismo, a lo siniestro, mérito tal vez
del morbo de los dioses, de un mendrugo
de piedad, o quizá del natural azar en libre
juego (ni la Vida ni Dios, exonerados sin
mi anuencia, practican el remordimiento,
no olvidemos), corre y anda despeinado y
sucio, transpirado, las aguantadoras rodillas
arañadas, y el corazón que no ha llegado
todavía a órgano vital proclive a los infartos
ni a neblinoso e inerte campo de batalla.
Carretea, decola, planea en su día elástico,
tan exactamente largo como le da el cuero,
apurando o deteniendo a su antojo al ahora plástico,
con el brazo del sol sobre sus hombros estrechos,
tentando a la eternidad a ponerse de su lado.

Pero la competente eternidad atiende con rigor su *business*, y sólo acumula bonos del pasado, encaminada a lo seguro, a lo confiable, todo ingresa a sus arcas terminado. Aunque siempre hay margen de error para lo nuestro, lo limitado del ente inconcluso en tanto arda, y arribando o partiendo, sin grandes diferencias, por suerte (o no) nunca sabe que le aguarda.

Lo inefable

Fenómeno, así como
dio a aparecer
se esfumó un día,
contra voluntad
se lo tragó
el olvido.

Herido de finitud
alzó sus deseos
a la oscura bóveda estrellada
aspirando a perpetuarse
y creyendo conocer.

El eterno cosmos desbordante
de ardientes y colosales esferas
nunca supo de su paso,
ni millones de millones
de años antes,
ni millones de millones
de años después,
ignorando por completo
al diminuto corazón quemándose,
a esa llamita tenue y pasajera
que en tono orgulloso
dijo yéndose:
alguna vez amé.

La hoja

Una hoja,
sólo una;
una ocre y rígida hoja
cayendo y balanceándose,
meciéndose en
espiralada caída,
arrastrando y aguzando
lo que era blanda melancolía,
llevándola en acariciante oleaje
hasta las abruptas costas
de la angustia, sin tocarlas.

Y hay algo en ella,
en esa hoja,
un translúcido secreto que
me deja neutro y expectante.
Y es sólo una hoja,
una simple hoja,
si bien es cierto que
no de esas hojas
de las que han hablado
hasta hoy otros poetas.
Es una hoja,
ésta de la que escribo,
pero esa hoja y no otra,
la que ha caído
y se ha indiferenciado
en el frágil y cerrado
manto de hojas
con un débil y seco sonido.

Toda la secuencia
junto al silencio que en mí ha
sobrevenido,
alumbra por un ínfimo instante
el revelador peso
de nada que las palabras puedan dar asilo.

Pero ya los niños corren,
se persiguen, se empujan
y revuelcan
en el crujiente colchón
en que reposa el otoño cansino;
y no deja tiempo ya
para ninguna confesión última
el juego de los niños.

Seguirán cayendo hojas sobre la tierra,
sobre nuestras almas de breves hombres perdidos.

Pero no ésta, no esta hoja de la que escribo,
la que ha callado demasiado y suficiente dicho.

Esa hoja,
esa hoja de pena,
la que ha vertido en mí
la misteriosa y excusable excusa
de un poema.

El coleccionista

Épocas de
huevos de pájaros,
variados, coloridos.

Huecos de existencia,
secos de
nueva y cruel excitación
acabando en
lo alto de sus picos,

robaron el día de
sus cantos
mis manos
en los nidos.

Extremidades descarnadas
y seguras,
inexpertas de devaneos
y contraposiciones,
vírgenes de lo profano y
de misericordia,
pura sed de posesión
de bellos féretros de cáscara,
fantasiosa arqueología de la ilusión.

Hizo su trabajo el deseo y
su belleza, belleza violenta,
lo hizo por un tiempo.

Las palabras, verdugos también,
van por el pasado.
El enigma de lo bello
de nada nos dispensa,
la alada estética
del remordimiento
ni al archivo de la infancia exime,
y injusticia con arte,
con sentencia de poema.

Amateur

Por esa cosa de mosca que busca ir hasta el hueso, ya estoy dentro. Me he dejado ir, y sin pensarlo, casi inadvertidamente, he roto el protocolo de negarme al cementerio. No es que, de pronto, haya dejado de lado ese regusto insustancial por los sepelios, esa sensación de inútil compromiso frente a inconsolables llantos, ese estirar el dolor en el potro de las imposiciones del consenso.

Lo que llegó se irá, no es más que eso. Y no es que me oponga a las fórmulas del sentir de lo diverso. A título personal pido disculpas y alego mis razones, a medias comprendidas, soportando en muchos casos la intolerancia de los apegados a los restos. No estoy diciendo que resulte ser una especie de superado del deceso, sostengo sencillamente ser tierra de enterramiento. Y así camino cementerio el cementerio, donde los gorriones anidan en los huecos, donde los árboles volverán a verdear sobre sus terrosos rojizos y sus ocres, a donde el sol, también, sigue llegando para dorar los bronce con destellos.

Belleza triste si la hay.

Escuchando mis pasos, según cuentan un obsequio, algo de lo que mi clásico zumbido no tiene muy en claro, me es imposible no notar la obsesiva insistencia de las inscripciones, de las cuales se desprende que la vida parece ser algo de lo que necesitamos descansar, y en paz, lo que resulta más que sugerente, una flecha imprecisa aunque influyente en dirección a un blanco. ¿Qué busco? No lo sé. Saber que se está perdido es encontrarse: un clavel colgando sobre el mármol. Sorprendente especie que, a pesar de todo, desafía lo irreversible para arrebatarse ecos manoseados; poetas defendiéndose a los ponchazos, palabras flotando sobre el mar, malabares del lenguaje para pasar el rato.

Entonces me detengo ante a una tumba que lleva en el lugar más años de los que cargo. Resto fechas: siete años. A los siete años... ¿Qué puedo decir? Ni la vacuidad de Nagarjuna puede echarme mano. Recuerdo al urólogo de PAMI que atiende a mi viejo, apurando el *trámite*, despidiéndose, diciéndole:

-Más allá de los achaques de la edad se lo ve muy bien, hombre, no sé de qué se queja, piense que después de los setenta y siete (mi viejo tiene ochenta y siete años) toda permanencia nos viene de regalo.

Y mi viejo que asiente con sonrisa agradecida pese a la hematuria crónica, y yo que me quedo vacilando acerca de ese plus que tan caritativamente sobrepasa la estadística de esperanza de vida: un pase de magia de víctima de la desdicha a viviente afortunado...

...Siete años... Y lo más alusivo: alguien que se ocupa todavía del mantenimiento; no se cómo sobreviven los autitos corroídos por el óxido que alguna vez anduvieron sus manos de caminos.

Belleza triste si la hay.

Sobre las bóvedas marchitas, demonios nihilistas creman a la tarde en la boca de mi estómago; en ese horno lánguido amontona más cenizas aún la lápida de un niño...

... y pensar que quise, como tantos, descifrar el Universo en la bohemia de los bares con otros locos trasnochados para sólo saber que en la vida nunca se pasa de amateur, de pudoroso o pedante aficionado.

Mimetizado entre los deudos, en ancestral acuerdo tácito, como ellos, que no queda sino, cada uno como pueda, abocarse al ejercicio de seguir improvisando.

Oda a los ratoncitos de laboratorio

¿Qué dios cruel
te quitó su resguardo
simpática blancura?
¿Quién te traicionó
entregándote tan
blando y dócil
pelo de luna?
¿Son estos los mismos
que te elevaron a los cuentos,
a las fábulas,
a los Films,
pequeña criatura?
¿Vale la pena
la alegría de sus hijos,
su aferrarse a lo longevo,
tu desgraciada desventura?
Lleva tanto de ellos
la aguja que los siembra
bajo tu cálida piel,
tanta autoindulgencia
hecha de bruma.
Perdónanos
suave Cristo
degradado a otra esperanza,
que te aguarde
un auténtico edén sin progreso
y un mullido dormir
en confiable compañía.
Ignóranos, como

al final y contra toda voluntad
tiene la vida un fondo
sin Historia futura.
Ignóranos como
las sabias plantas,
que la certeza de
la muerte solidaria
de nosotros
trae la cura.

Sin noticias del Paraíso

Los malditos ventanales de
los bares
tienen cierta conexión con
los infiernos,
lo sostengo, lo podemos aducir
yo y otros muchos
sin recurrir a la fe
ni a otros desquicios,
extenuados de soliloquios y
de rezos, de blancos mensajes
de paloma, de señales de humo
del café, de consabidas
cartas documento.

Por siempre veteranos remitentes
del celestial e inmovible
cartapacio, nos duele con
transparente dolor
el porteño espacio,
duelen los cristales que
muestran hacia *adentro*,
duele la mirada sin
mirada del mohíno
Monumento
que derrama dejadez
al raudo entorno.

A sus pies, lejos, lejísimos,
huyendo de *nosotros*,
sin bicicletas de cristal y
por nariz una bolsita,
abrazando esos instantes que
borran precoces cicatrices,
nos ven flashear en
nuestro delirio encapsulado,
cada uno inhalando su relato,
su odisea, duros en *nuestras*
estrechas directrices.

Y no es extraño que se rían,
que se burlen de nosotros
con desafiante desparpajo.
¿Hacia dónde mirar?
Todo nos refleja, nada se priva
de ese sello ingrato.
Y no somos dibujos animados.
¿Cómo escribir poesía entonces?
¿Cómo salir del paso?
¿Cómo abstenerse de
la vida y su atropello?
¿Es la estética tan triste?
¿Dónde y cómo encontrar
sin *epojé* lo Bello?
Diario en mano,
sorbo a sorbo,
artículo a artículo,
la aguja, avezada,
encallecida,
atraviesa el
ojo del camello.

Orfandad

San Petesburgo, febrero de 2011

Buenos Aires, junio de 2011

Ha perdido el olor marino de las olas
esta opulenta puerta de un salón del Hermitage.
La hondura de la sal en la extensión lujosa
es este arte muerto, y esa puerta que fue océano,
madrugadas, playa, arena, tortugas, huevos;
esa puerta me abre a la orfandad.

Cuánta incrustada desmesura, carey que
todo lo eclipsa, que riñe a lo preciso,
caparazón blasfemo que aún no capitula,
supremamente vivo me suelta junto al Neva
ante la blanca realidad indigente en
impersonal estado de confusión.

Antes de mí nada de mí, nada de mí después
de mí: zares o tortugas, frutos del árbol del azar.

Cuánta luz de carey desatando eslabones,
anunciando cadenas de orfandades.
Si sólo basta un corazón para ser huérfano,
si sólo basta un documental sobre tortugas.

Cruzo la playa con libres aletas escamadas
hacia la espuma rota, en círculo vuelan sobre mí
orígenes electos, perspectivas expectantes,
suplicantes ideas de gaviotas.

Destello (Fitozooantropocéntrico)

Avenida Sarmiento 2827, Buenos Aires

*“¿Levantarían sus armas contra sí de extender
la Sacralidad a la vida toda?”*

“En el origen: la diferencia”.

La bella diversidad
de los entes sin símbolos
me observa huidizamente,
sintiendo sin ciencia ni tecnologías
en las que encumbrarse,
sin discursos colonizadores
en los que exculparse,
resignados,
sin negligentes dioses
a los que adorar.

Tras el sucio cristal
se desprende su mensaje sin odio
de chillidos y olores acres.
¿Cómo no me encontré empobrecido
en cada bocado?
¿Cómo no me supe candado en
sus pisadas?
Vieron lo que querían que viera
mis niños ojos de los Otros.
Vergüenza de cándida azúcar tostada.

¿Se podrá aprender de
esos *otros otros*?
¿Se podrá sentir con
esos otros rostros?
¿Se podrá pensar?

*“ No hacen el Ser
los fetichistas del sí mismo,
los monocromos incipientes del Nosotros,
los idólatras de lo Único no hacen Ser.
Otra es la empatía que no mezquina.
Despertad, orgullosos de la Historia!!
¿Sólo hay Entes? ¿Hay el Ser?*

*Tal vez, allí por el futuro
se pregunte Cómo,
¿Cómo? Cómo abordar el Ser.
Un Ser de seres, que no devaste,
de humildad de pelajes,
plumas, ramas, escamas,
antenas,
brazos abiertos y miradas nuevas
sin temor de resolver
qué Ser.”*

Sin palabras me interpelan
los *más otros*,
desde un ancho hielo de cercanías;
desde mí, tristemente,
la distancia más distante:
la enrejada distancia
más distante
del que, transitoriamente,
a su sola imagen
nombra al Ser.

Vecinos en las veredas

Hubo un manso entonces de sillas de mimbre y vecinos en las veredas. Fue cuando decir futuro quedaba exceptuado de nuestro léxico. Nominalistas sin saberlo, futuro era, más que nunca, una palabra sin referente, a lo sumo, ciencia ficción a secas; incapaz de producir angustia todavía, expulsada por el ahora del tiempo.

Claro, teníamos nueve, diez, once años, otros menos y nos pasábamos hasta altas horas en las noches de verano tirados en cuero, con los shortcitos apenas, descalzos, con el recuerdo del sol en las baldosas tibias, charlando solazados, riéndonos, contándonos historias y anécdotas; amparados en las sombras de la noche que ostentaba por entonces muchas más estrellas.

Y el único temor que compartíamos, aparte del que venía debajo de la cama y el de las películas en blanco y negro de Vincent Price y Boris Karloff, era que aquella tertulia terminara con el grito amenazante que al final siempre se imponía y venía a arrearnos furibundo con un coscorrón sobrevolándonos, para llevarnos por las malas, siempre por las malas, a esa impropia espera que era la pausa de acostarnos.

Parecía que todo era de todos, parecía. Qué fácil nos conformaba aquel afuera. Todavía las puertas no eran puertas, no conocía antónimos lo abierto, el derecho a la propiedad carecía de argumentos para ese aire de barrio que éramos nosotros, nosotros: ese viento en bicicletas. Nada que cuatro paredes pudieran hacer por contenernos, cuando la imaginación era una eximia boquera.

Y después, no sé que pasó después, pero pasó.
Y es una pena.

Algo anda mal en el orden natural.
En la televisión, alguien mató ayer quince o veinte veces al mismo hombre y otras tantas hoy.
Y tengo miedo.

Algo anda mal.
En un intento de robo, esta noche asesinaron a un muchacho en la puerta de su casa mientras entraba el auto en el garaje.
Dejó tras de sí a su esposa y cuatro criaturas.
Murió una vez y eso me basta.
Me basta tristemente para ver qué poco vale la vida en estos días.
Me basta tristemente para no tener ganas de encender la radio ni el televisor.

Mañana será otro día como tantos y, supongo, habrá
que continuar.

Pero en casa hay un niño decapitando a un hombre en
Internet,
y es algo horrendo.

La vida duele inesperadamente, últimamente con de-
masiada recurrencia y
a una distancia inerme;
y creo, no sé qué pensarán ustedes,
que algo anda mal, desmadradamente mal.

¿Se acuerdan, como yo, de los vecinos en las veredas?
Cómo no acordarse....

No sé lo que pasó, pero pasó.
Y es una pena.

De momento

Escucho solamente máscaras de máscaras
que llegan por los pasillos desde otras celdas,
aferrado a mis costillas me murmuro sus fragmentos
de incompletos rompecabezas.

Siempre serán otros los otros: puertas de puertas.
Ilumina mi cincel sus siluetas sin contornos;
los descubro recuerdos, espejos, adioses de antemano,
cartas de piel, lecturas, juego de óleos.

Náufragos de la conciencia,
son ellos yo, somos la ruptura y el regreso,
lo que no será sino lo que fue y sólo sabrá eso
quien lo pueda y quién sabe hasta cuándo.

Topos de la luz

Oveja Negra

Toma carrera, anímate,
salta el corral,
más allá de los balidos,
más allá de los pastores,
más allá de los ladridos.

Tómate tu tiempo,
no tengas ningún miedo,
piénsalo dos, tres, tantas
veces como quieras
pero piénsalo,
sal del corral,
rehúsa el señalado,
lucha por conservar la
digna oreja entera,
corta con tu horizonte
lo alambrado.

No pocos serán
los que odien tus porqués;
es ése el riesgo de lo osado,
de plantarse loco ante el redil
que apacenta irrenunciable
su Legado
y sin darle la espalda ni ofender
buscar con apetencia otro bocado,
y saltar, buscar un otro lado,

saltar por siempre,
saltar, retozando
curioso y descarriado.

Brinca oveja negra, salta,
piensa, ve, retorna cuando quieras, bala,
barrita, cacarea, vuela, sala,
y vuelve a repensar con
tu sospecha en mano,
salta, *vive* así, nunca dejes de saltar,
que no te amilane pensar
lo no pensado.

Todavía sueño

Marzo de 2011

Astillaba su zafiro ávido
el sudor de la tierra entre las rocas;
llenaba el aire así, el Egeo,
infatigable, con su aliento salino.
Arrastraba su murmullo de fondo
un extendido canto de sirenas
enloqueciendo a la siseante orilla
en un recomponerse inquieto
de piedras, conchillas
y caracoles rotos.

Sentados bajo el sol,
allí en donde en la arena
se animaban a afincarse
hierbas ralas,
Empédocles me resumía
afablemente y casi sin quererlo,
su peculiar visión del ciclo cósmico.
Yo, a decir verdad,
venía leído del futuro
y no obstante
fascinado lo escuchaba,
dada la ocasión irrepetible
y el carácter extraño, místico

y casi inalcanzable
de los extraordinarios sueños que
(aun cuando no te sepas dentro de ellos),
como quien tropieza inesperadamente
con una fortuna indescriptible,
pocas veces se encuentran al soñar.

“La Discordia, muchacho, la
aciaga Discordia me trajo
hasta aquí –me aseguraba
sosegadamente–. Todo lo semejante
ha echado a andar hacia lo semejante
según lo dicta la Necesidad
del Cambio, del regir alternativo
de las dos más grandes fuerzas
naturales: el Amor y la Discordia”.
La brisa marina alborotaba
su exigua cabellera cana
mientras esporádicamente
me dirigía miradas desenvueltas,
jugaba con el pedregullo
y contemplaba el horizonte,
cielo y mar “La edad de Oro
es un lejano recuerdo. Los cuatros
inmutables elementos habrán
de reunirse otra vez a
su tiempo debido.
Pero eso no me inquieta ya
en medida alguna; mucho menos
este azaroso exilio mío, este
accidental y menor exilio mío que
pronto terminará para mí, si es

que el decreto inexorable que
recae sobre mi daimón culmina
de una vez con el escape de
la carne. Sé que lo que hay de
inmortal en mí, como en ti —me decía—
volverá algún día a la morada de
los Bienaventurados, a la morada
de los que amamos el Amor.
Por esa razón no temo a la muerte:
sé que no la hay, sé que todo es
mixtura y dispersión”.

Entusiasta, tentado en cambiar
pareceres, tuve un inapropiado
arranque intelectual al que,
de inmediato, puso freno una
ráfaga de sensatez llegada
en mi auxilio.
Agolpados, vi venir una
avalancha de teorías y conceptos
contemporáneos y anacrónicos:
al Uno parmenídeo, al cinismo,
al sofismo, a los átomos de
Demócrito, al mundo platónico de
las Ideas, al motor inmóvil aristotélico,
al Dios cristiano, al nominalismo,
vi llegar envuelto en llamas
a Giordano Bruno y al infinito universo
y sus mundos, a la teoría heliocéntrica,
al ego cartesiano, al empirismo,
a las mónadas leibizianas, al Spinozismo,
al sujeto fenoménico, a la cosa en sí,

a la Idea hegeliana,
a la teoría evolutiva, al antropocentrismo,
a la voluntad de poder, al impulso vital,
la plusvalía,
al inconsciente, la relatividad general,
la mecánica cuántica,
al Absoluto, al Ser heideggeriano,
a la Nada sartreana, al Big Bang y
a las teorías de cuerdas y supercuerdas,
a la teoría del Caos, a la teoría M,
a Bataille, a Deleuze,
a la ingeniería genética,
a Cioran y su radical escepticismo...

Pensándolo bien: un arrebato
rayano a lo perverso.

Enfundé entonces enfocando
hacia la playa angostísima
difuminándolo todo con la
íntima turbación de sentirme en falta,
dejando que el silencio asestara
un golpe mortal a cualquier
imprudente comentario pues:
¿para qué atiborrar de incertidumbre
a un hombre hecho, entrado en años,
en el apogeo de sus creencias?
¿no hubiera sido una crueldad innecesaria,
una lastimosa situación gratuita y
no querida? ¿para qué patear su cayado
cuando no se anda por la vida sino

desconociendo nuestras vendas en los ojos?
¿con qué fin incrementar su soledad
de doble exilio? ¿para qué desmoronar
sus firmes sueños de hoy con los sueños
del mañana?

Agua, aire, fuego, tierra,
allí estábamos los seis, o los ocho,
a su modo, cada uno.
Afrodita, cargada de trabajo
haciendo por su parte lo posible,
arribaba resignada
lo semejante a lo desemejante,
y la Discordia, confiada en lo suyo,
calculando entre las nubes,
tajaba con estruendo y precisión la piel de Hera
tecnológicamente inconciliable
rumbo a Libia.

Pueblo fantasma

¿El alma es el cuerpo?

Ventosa, la calle de
tierra se vacía aún
más en su mirada;
empolvada, allí,
en la mecedora,
a la sombra de la
galería desvencijada.
Colgando todavía,
un herrumbrado cartel
de bienvenida
anuncia su nombre
con chirridos de lata.
Espera, espera siempre,
con quejumbre de
maderas y bisagras,
dentro de todos,
allí hondo en cada uno,
en su parco oficio
de fantasma.
¿Acaso no fue o es otra cosa
que un espectro, bruma
nacida del afán de
lo perpetuo?
Del otro lado del cuerpo,
intrusa y desusada,

¿se niega a reconocerse
carne y tiempo?
¿y quién puede culparla
de aferrarse creyente
a su desierto?
... de añorar a los
antiguos Tratados,
a la Patrística, a la
Escolástica, al elevado
trance de los místicos...
Sin derecho de admisión
en el cosmos cibernético,
sin móvil ni Internet,
con el acelerado ritmo
diario como veto,
con plasmas espejeantes
gerenciando las miradas,
el revés de los ojos
queda en negro.
Bajo siete llaves
el meditar es encofrado,
iterando otros fantasmas
fuera y dentro.
¿Qué palabras usará
para llamarme
en su menguada
jerga de silencio?
¿Será mi ingenuidad
la que convoca?
¿Será el puro deseo?
Y si no, ¿tendrá otro
principio este principio?
¿un final el Final?

¿o estará bajo la hierba
el olimpo de lo eterno?
Qué más da, será
lo que será,
el único remedio...
... y sin embargo...
No sin culpa ni pudor,
medio aparición y
medio ateo, sobre
mis pasos a escucharla
vuelvo (o eso quiero),
transpirado bajo el sol,
entre los cactus, sediento;
como puedo, en
actitud contemplativa,
resignadamente limitado
me dejo ir por un momento
en su milenaria fe, y marchó
hacia su encuentro,
mientras la tecnológica
extraversión naufraga
detrás, a mi espalda,
arena y cielo.
Quizá sólo esté extraviado
en la incompletud de
lo sagrado; después de todo,
siempre que lo pienso,
lo que creemos saber
es tan escaso
y todo lo que ignoramos
tan inmenso.
Al fin, recién llegado,
ya de noche, mudo y a su lado,

hojeo algunos libros y
escucho discos predilectos.
Lo cierto es que
no sé bien qué es
lo que espero.
Tal vez tenga la suerte
de que repare en *mí*,
de modo que le cuento con
sus ansias todo lo que aguardo,
y tal vez ella, con *mis* toscas manos
escriba algo sobre sí.

Oración

Penetra, lo Profundo.
Espacia al espacio.
Sale el exterior
adentro,
entra lo interior
afuera.
Nada tan profuso.

Lo cóncavo es convexo.
La parte: la teoría.
Que la razón
no te divida.
Que en ti
caiga
lo Profundo.

Topos de la luz

Se presta arcilla el gran mutismo,
artesanos de su noche
son los topos de la luz.
De miopía y molde
se apresuran en su industria,
clavan nubes en el cielo y
alzan ruinas
para apilar túneles de sol;

cuando del otro lado del principio
volcó el alud de sombra
la comatosa claridad
de su cantera oscura,
desamarrando la riqueza
de cavidades sin término,
desestimando el suelo estable
de la vía única.

Criaturas analíticas
que cavan profesando
las grutas de monomaníacas
creencias y razones,
agobiados, recalando en veteranos
es cuando, por fin, comprenden
al agujero en la alforja
de ofrecer explicaciones.

Las almas de las moscas

Bs. As, quizá en 1973 o 1974.

-¡¡Pero otra vez levantando la mano!! ¿Me va a hacer alguna pregunta respecto del tema que estamos tratando o es alguna de sus inquietudes personales destinadas a dispersar la clase de catequesis? ¿No me diga que nos va a contar de nuevo que su padre le dijo que Dios no existe o algo por el estilo? La verdad es que usted es más molesto que una mosca... (Risas de la clase.) A ver qué quiere preguntar ahora...

-(Con miedo.) Padre, ¿por qué los ángeles y los hombres tienen alma... y los animales no? (Risas y burlas.)

-Haga una cosa, (Mira el reloj) faltan diez minutos solamente para que termine. Salga, hágame el grandísimo favor. Quédese zumbando afuera junto a la puerta hasta que toque el timbre del recreo. (Más risas.)

-Pero Padre Julián...

-Pero nada, salga. Ya me tiene cansado con sus interrupciones. Váyase y déjeme continuar con la clase que para eso vinimos. (Salgo entre risitas contenidas.)

No me iré de aquí sin las almas de los grillos,
sin las almas de los zorzales, sin las almas de
las calandrias y de los jilgueros/

No me iré de aquí sin las almas de las garzas,
de los colibríes, de los gorriones y los teros,
me las llevo/

No me iré de aquí sin las almas de las ranas,
de las vacas, de los caballos, de los tigres,
de los lobos y de los corderos/

Me llevaré las almas de los zorros, de las
luciérnagas, de las torcazas, de las ratas,
de los elefantes y de las jirafas,

las almas de los gatos y los perros/

No me iré de aquí sin las expulsadas almas
de los *otros otros*, de lo *otro!*

No me iré de aquí, de ser así, comprenderán,
sin las posibles almas de las rosas, de los
eucaliptos, de los pinos, de los álamos

de las acacias y los cedros/

de mis canteros de pobladas alegrías, de las
glicinas, de los jazmines, ni siquiera sin las
menospreciadas figuraciones de los animistas
[chapuceros/

No me iré de aquí para una sagrada eternidad
de quita-almas y sus jerárquicas verdades de
medida de las cosas/

cuando me toque ir me iré amasando dioses,
estrenando cielo/
y me llevaré las almas de las moscas.

Ojos de Haiku

*Ojos de Haiku
me dejan ver lo puro,
ojos de niño.*

A la estancia "La Salteña", lugar de infancia.

La línea sepia que empuja el horizonte
trae consigo un apurado frente de
nubes terrosas al tiempo que frescas y
enérgicas ráfagas de viento polvoriento
obligan al verano a replegarse con
su perfume de distancias mojadas
y el monte de eucaliptos oscilantes
despliega su concierto de hojas largas
mientras rezagados pájaros se hunden
en su música y los pajonales y los cardos
hamacándose acompañan alcanzados por
gruesas gotas que le arrancan al corral
algunos mugidos y anuncian con su
golpeteo de papel la cortina de la dádiva.

Todo esto *acontece*,
ni dentro ni fuera,
ni antes ni después.
En la tarde
llovemos juntos.

Ese niño

Desde aquí músculos, huesos, vísceras;
desde allí el monte, arroyos, cardos,
espigas, corrales, parvas.
Soy su lugar. Él fue mi infancia.
Toda la poesía fluyendo en camino
a la palabra. ¿Mis palabras lo tocan?
¿Toca él mis palabras? Desde aquí
entre mis manos se me escurre vital
todo agua. “Ya eres el ensueño, pájaros,
caballos, nidos, zorro, charo, gallo, rana.
Ya eres arado, silo, sol, lluvia, cielo,
nube, trigo, viento, eucalipto, acacia.
Ya eres cigarra y mariposa, luciérnaga
y libélula, hormiga, mosca, araña.
Ya eres ciruelo y mandarinas, orilla,
boya, caña, girasol, cigarro, horizonte,
perdiz, liebre, perro, brasas”.

Corre feliz y evanescente entre el ganado
alertando a los teros, anda curiosidad en la
corriente cristalina en la que el presente se
agrieta, suyos son mis viejos árboles, trepa
su risa agitando las ramas en la tinta quieta.

Poética y rostros

A Emmanuel Lévinas

Son tan otros los otros, Emmanuel,
son tan otros.
¿Qué otros serán los otros?
¿qué rostros?
¿Será tiempo de
tu tiempo sin Tu tiempo?
Vuela ese diente de león,
vuela tu intento.
El trabajo está hecho,
de ahora en más
a esperar el surco
o el desierto.

La misma muerte

A Friedrich Nietzsche

Ríen ¿escuchas?,
insepultos aún
y prestigiosos,
del sudor de la razón
y de la ciencia,
más allá de la existencia
y lo imposible,
dentro y fuera,
allí
en nuestra conciencia.

Derrochan ironía
los ya olvidados, los maltrechos presentes,
los vampiros venideros.
Ríen, sí,
y ríen de tu muerte,
de que estás tan muerto como ellos.

Sus ecos, que todo lo tocan,
son martillos
decadentes e imperfectos
como todo arte.
Nunca han cejado de arreciar

con golpes lentos.
Bajo un templo devastado
o en un hombre,
irremediablemente o no,
siempre hay templo.

Tanto lidiar duro con lo impuesto,
tanto gusto de hacerte de enemigos
a cambio de traidores y desconocidos,
de amigos póstumos y desertores,
puesto que al cabo,
y tú bien que lo sabes,
sólo hay pura lucha de ficciones.

Como verás
si los niegas
no pierden su firmeza.
Como verás
si los afirmas
en algún punto se niegan.
Sobradamente,
como verás,
de qué reírse tienen.
Ríe Friedrich,
festeja con los dioses,
baila a su lado,
bien que lo mereces,
como verás,
y bien sobradamente,
el compartir con ellos
esa misma muerte.

La Tumba del Escriba

Saqqara, 1997, Egipto.

Dirás que no es posible,
la pared me lo mostró,
me dijo cómo, miles
de años antes.

“Ve liviano, que tu equipaje
sea ligero,
carga en ti todo lo que puedas,
que la barca no te guíe,
surca el río a brazo en remo.

Bastante arena y polvo banal
tiene el Gran Desierto,
hazlo valer, y sólo regresa a él
una vez muerto.”

Memoria de la esperanza

¿Dios es un irresponsable que no usa protección?

Ahí van otra vez, y otra hormiga a la telaraña.
Son niños, Marqués, son sólo niños. Su morboso dictamen rebosa de excitante consenso, de sádico placer contemplativo, de motivador deleite contenido. Y uno toma la posta de verdugo y arroja el insecto desdichado con dos dedos precisos al horror adhesivo. La restringida aunque violenta capacidad de movimiento que imprime su desesperación en el intento de escape (vaya causticidad del destino) es una campana de llamada y su garantido pasaje hacia la nada. ¿Qué más decir? Dejemos hacer a la inocente araña que salida de un resquicio del muro de ladrillo, mientras teje la muerte, teje su vida, al extraer los jugos vitales del condenado bicho, que pronto será un reseco despojo. Y si fue a dar ahí, si tuvo ese mefistofélico final, no es porque haya sido reducida a objeto o a mera cosa, o a nimio mecanismo cartesiano sin alma alguna, ignorante de la muerte, otro ínfimo escalón hacia la cumbre humana, sino que, *ellos saben muy bien de qué se trata*. Así que atendamos mejor a sus gritos de satisfacción, al asentimiento de sus risas compartidas, a esa hendedura en el ser en donde el misterio de su abismo deja entrever un lacónico relámpago intuitivo, un palpito impreciso candidato a lo supremo reprimido, a la conveniente supresión de esa zona sombría, antipática a toda convicción, excomulgada de lo popular con mano dura. Y desde allí, la brecha atisbada parece entregar sus posibles más posibles: la destrucción creadora, la verosímil imposibilidad de Dios, el sinsentido inmanente del Cosmos increado, la inexistencia de un significado oculto en la naturaleza, el evidente carácter antropocéntrico de lo Sagrado. No se trata claro, de algo así como el mal absoluto,

que no se malentienda, pero el presunto mensaje que nos impregna unos microsegundos, ése que ha saltado desde un hoyo existencial abierto entre los niños, el que se esfuma con la misma prontitud con que ha venido para dejarnos otra vez la dantesca escena a pequeña escala, acciona la válvula de asociaciones libres para que este espectador desgrane lo que, de forma espontánea, le viene en mente: pena de muerte,

Cruzadas, Inquisición, marines, Al Qaeda, talibanes, cámara de gas, nazismo, zyklon B, Auschwitz-Birkenau, Treblinka, Escuela de Mecánica de la Armada, tortura, desaparecido, Terrorismo de Estado, Totalitarismo, gueto, Gulag, Hiroshima, Nagasaki, Holocausto, Ku Klux Klan, gloria, prócer, África, esclavitud, apartheid, matanza tribal, guerra étnica, coltan, niobio, tantalio, cianuro, minería a cielo abierto, Vietnam, napalm,

insecticidas, mercado bursátil, explotados, Banco Mundial, OTAN,

Fondo Monetario Internacional, Colonialismo, pueblos originarios,

pesquero japonés, ballenas, churrasco, tráfico de órganos, Israel, ortodoxia, ideología, Gaza, Palestina, industria armamentista, guerra

santa, gatillo fácil, conurbano bonaerense, paco, pibes chorros, trata de blancas, ajuste, paro, pobreza, Imperialismo, indigentes, cartoneros, limpiavidrios, piqueteros, lenguaje, cosmética, disfraz,

autoengaño, basta, es todo, o al menos demasiado. Alguna vez hay

que parar. Al fin y al cabo, que son sino sólo asociaciones libres, aunque quizá no tan libres, y más allá de eso, sólo se trata de unos

niños, Marqués, sólo de unos niños que juegan como tales sus juegos de niños, y ahí van otra vez, y otra hormiga a la telaraña.

Descuéntalo

Descuéntalo, tampoco hay Demonio,
lleva el pobre a cuestras el oprobio
de cargar las más oscuras culpas.

De existir Dios sería un gran cretino
que a impasible punta de libre albedrío
soltó la mano de su caído ángel.

La ingeniosa malicia apela al gran recurso,
ése que sostenga lo ilusorio del progreso.
La cultura oculta su barbarie: faca de preso
que tras su uso endosa con aliviadora retórica.

Descuéntalo, tampoco hay Demonio,
tiene un solo y enmascarado amante el odio
y con él en su interior copula.

Tiene sus trucos: sus catedrales,
morales y otros afortunados dobleces,
tiene sus versos, el amor,
tiene sus flores,
tiene su piedad, su fantasía...
¿qué no tiene?

Descuéntalo, tampoco hay demonio,
hay limitados artífices neuróticos,
hay desorientados desvalidos previos al polvo.

Descuéntalo,
y que en él ya no creamos no es su ardid supremo,
el ardid supremo es saber mejor que nadie
el cómo borrar la firma de su dueño.

Melilla

A los sueños africanos.

Las veo, interpelándome,
a apenas metros
del tenedor en mi boca;
son nuestras ropas,
nuestros jirones,
colgando de la alambrada.

Podría dejar de verlas,
acudir al control ciego,
demasiado remoto,
y trocarlas en espectáculo,
en pasatiempo,
en desfile glamoroso,
pero
son mis ropas,
mis ropas desgarradas
pendiendo de las púas.

Podemos dejar de verlas.
Podemos.
Podemos apagar el afuera,
el mundo, su pasado,
hacernos trajes a medida.

Acudir podemos al índice brujo,
a la presunta inocencia de existir,
pero
son nuestras ropas,
nuestras ropas desnudas,
desnudando el corazón del hombre.

Jerusalem

¿Llama a la crueldad
la intersección de construcciones?
¿Llama a la crueldad?

¿Mueven a la piedad
los símbolos secularizados?
¿Mueven a la piedad?

¿Invita a la ironía
la confluencia de invenciones?
¿Invita a la ironía?

Ellas bajan
la suave inclinación
en el Vía Crucis,
dos pequeñas niñas
disfrutando de sus inquietas
piernas,
y tantas petrificaciones de
sentimientos encontrados
las rodea,
tantos futuros maderos
llenan el imaginario;
nada saben y
cruzan jugueteando
más allá del
vallado de hormigón,

tocando en tiempo distintos
el muro,
el sagrado muro,
y vuelven,
vuelven alocadas,
divertidas, excitadas,
casi vírgenes de Cultura,
apenas iniciadas,
y lo hacen bajo
la reprimenda de
sus padres a la distancia,
pero poco les importa,
y hacen bien;
traspasan el portal
de la gran Mezquita
anticipándoseles,
y la vigilancia del
portal las llama
a la solemnidad.
Ellas comprenden,
comprenden
lo que hay que comprender,

pero no alcanza,

no alcanza para
mostrarles a todos
la amorfa y olvidada
fuente de sus
enemistadas diferencias

no alcanza,
no alcanza
para que no llame
a la crueldad
la intersección de construcciones,
ni para que muevan a
la piedad
los símbolos secularizados,
ni para que no invite
a la ironía
la confluencia de invenciones,

no alcanza,

entonces,
el aire cimbra
cuando,
desde más allá de las murallas,
el mercado es un estruendo
que recorre la ciudad
golpeándola en
sus nervios.

Y esto,
las niñas,
sobrecogidas por
una inmovilidad
involuntaria,
como era de esperar,
esto sí
no lo comprenden,
y las abre, iniciándolas,
a un indeseado interrogante.

Los mismos tiempos de los mismos

11 de septiembre de 2001

Cayeron dentro de
mí,
las vi caerse
al estrellarme,
al estrellarme contienda
en mí

y caí,
caí entre
mis escombros,
escombros de hombre

y salté,
salté desde mí,
salté desde
mí
escapando de mis llamas,
salté de mí
hasta mí
estallando,
estallando en mí

y en mí
la certeza,
la visceral certeza
en mí
de mí.

Historia Universal

Descomunal, con paso rudo e indolente,
ornada de delirios de eternidad y gloria,
sus disputadas riendas en manos de
unos pocos, dejaba caer pesadas huellas
sobre los campos de cuerpos desnudos.
Desde ese terrestre anonimato, desde
ese crujir infortunado de lamentos
alguien comenzó a gritarle un desahogo,
mientras ella se alejaba sorda y ciega,
desmemoriada, deudora e inmutable.

*“Los nombres no pasan frío!
Los nombres no pasan hambre!!
Los nombres no se duelen!!!
Los nombres nunca sufren!!!!
Los nombres nunca aman!!!!
Los nombres nacen muertos!!!!”*

Sumándose, así gritaban las historias;
las historias vivas,
las historias encarnadas

gritaban
sus gritos
sin nombres.

En el mausoleo del emperador Qin Shi Huang

Dejé atrás las murallas de Xian en una combi de turistas, hijo del cielo, y aquí estoy; la nieve me cuenta su silencio blanco, como a ti te hablé a su tiempo su cegador reflejo de fin de los caminos. Casi un adicto cibernauta, otro absorto telespectador, conmigo traigo armas y armadura: tarjetas de crédito, notebook, celular, cámara inteligente y filmadora. Te sorprendería, créeme, cambiarías a tu ejército de terracota por la persistente fidelidad fotográfica, por ver tu pasado en movimiento, otro precario y ficcional refugio sin devenir. Lamento no nos entendamos al respecto. Son otras profundidades, emperador, atestadas de conexiones fantasmáticas, vacías de divinidad, otro novedoso intento de acercamiento y otra impensada neodistancia virtual. Y en este líquido ámbito navego, googleando en su noche de monitores constelaciones perdidas tras el gris smog industrial. Cómo ha cambiado el mundo, supongo, desde aquellos floridos cerezos de tus días. Ojalá me escuches bien acompañado junto a tus ancestros, aunque lo dudo, o mejor dicho, no lo creo, o me cuesta creer, y sólo hablo conmigo mismo, seguramente, desdoblándome como si me oyeras y ambos sostuviéramos una franca conversación. De todas formas, he aprendido con el tiempo a mantenerme en la única prerrogativa que mis asumidas limitaciones me permiten, ya nada subestimo, flexibilidad de bambú si lo quieres, una debilidad que un emperador no se puede permitir. Nunca se termina de aprender, verdad, estamos muriendo y estamos aprendiendo. Y puesto que en esa experiencia me aventajas, me dirijo a ti con el respeto debido aunque ya sin sumisas reverencias, de mortal a exmortal. Como te decía, los tiempos han cambiado demasiado.

Sabes, hay tiendas de recuerdos aquí, un vaticinio vedado a las estelares consultas de tus astrólogos. Y ya nadie buscó tu inapelable asentimiento. Lo que ayer fue una venerable última morada, un purificador salto hacia el alma, es hoy museo, un mercantilizado centro arqueológico, una fuente de divisas, un destino histórico-cultural, algo muy diferente al ciclo cósmico, a su circular inmediatez, con muertos aportando a una insomne maquinaria de consumo, un espeluznante Dragón.

Pero qué importa ya si tus símbolos te han abandonado. ¿No se ondean intereses por verdades? ¿Qué no muda cuando el poder cambia de manos? Supongo me juzgarás impertinente, y tal vez lo sea; debo admitir que me sobran preguntas incómodas, un rasgo propio adquirido siendo un niño ávido de inquietudes y curiosidad, por eso dime ¿a qué tanto temor desperdigado en figuras de cerámica? ¿Toda esa subterránea infantería y caballería dispuesta para la batalla, esconde algo? ¿Terror al vacío? ¿El diseño paranoico de un defensivo e inconsciente vientre materno alimentado por la experiencia humana? ¿Recuerdos de indisociables enemigos, intrigas palaciegas? ¿Herederos insatisfechos? ¿Eunucos que exigen para sus adentros una acorde reparación al que fue su cercenado destino terrestre? ¿Concubinas despechadas? ¿Justificadas previsiones frente a imaginables saqueadores? ¿Remordimientos tal vez? ¿Otras cuentas pendientes? ¿O por qué no una brillante muñeca político-religiosa destinada a asegurar el orgullo de la continuidad dinástica, y a facilitarle el dominio en su atadura con la honorable autoridad simbólica del viejo pasado y la devoción por la comodidad costumbrista? No ha sido fácil, verdad, el mandato celestial, administrar lo que llamamos justicia, o su pretensión, para aquél dado a llamarse *el que regula a todos los seres*. Escarpadas montañas de sentencias y ejecuciones, de

exigencias y de escollos. ¿Cómo salvarse del error y las pasiones?
¿Cómo obrar sin insensibilidad y sin abuso, sin mutilados ni
martirio, sin chivos expiatorios, sin excepciones a las reglas del
Maestro, sin arrepentimientos ni traiciones? No lo sé y tampoco
creo puedas contestarme, aunque me gustaría oír el intento
de tu

boca, pero no tienes por qué hacerlo, no estás obligado a dar
respuesta ni quiero ya atosigarte con desventajosos interrogantes
al preguntarte y responderme en una comedia esquizofrénica.

Así que te dejo descansar, si te es posible con tanto ruidoso
excursionista, para continuar mi recorrida de sediento viajero.
Llegar hasta aquí ha sido cansador y costoso, de modo que
he de

seguir justificando cada atinado sueño; queda mucho por hacer
para un coleccionista de vivencias. Pronto será hora de mar-
charse

y el guía puntual y urgido vendrá con su chapurreado in-
glés, no

mejor que el mío, a acelerar el ritmo demorado de quién
sabe no

habrá regreso. Entonces no me quedará más que despe-
dirme y decirle,

aún cuando no obtenga nada por respuesta, adiós empera-
dor Qin, le

dejo mi gratitud por su hospitalidad y su prudente reserva
de socio

del enigma. Y atravesando la puerta de salida, ese silencio
sea lo que

llamemos oportuno, tal vez el rechazado secreto del evento,
que como

la nieve, fuera, despojada de toda tibieza, de todo aliento, ni
muerta

ni viva, jamás alza una piadosa mano ni al llegar ni al despedirse.

Ahierofanía

Hierofanía: manifestación de lo sagrado a través de una realidad sensible.

Lo localicé en uno de los canteros
mínimamente notorio, arañando la
indistinción bajo el follaje colorido
de las tupidas alegrías.

Verde tierno, apenas germinado:
un yuyo clásico a mi entender,
divorciado de la estética,
furtivo, inapropiado, discordante.

Entonces experimenté una *epifanía*:
somos brotes forasteros.
Duró lo que sus exequias,
un relámpago.

Tomé la pequeña planta con dos dedos
y la tensé hasta arrancarla.
Tarde, mirando su raíz entendí todo:
la maleza del orbe es lo simbólico.

Nunca, Vincent

Mírenme. Aquí estoy.
Tormenta de pinceladas.
Aquí. Y aquí. Mírenme.
Pero mírenme ahora,
ahora que los veo.
Campañas de mí
a puro yo, yo, yo, yo...
Yo de cerezos,
de bares nocturnos,
yo de girasoles.
Religión de paleta
y Biblia de colores.
Cerrada lluvia de
llamadas de auxilio,
cortina de yoes,
yo, yo, yo, yo,
siempre parcialmente yo.
Aquí. Estuve aquí
en esta búsqueda imposible,
yo, yo, yo, yo... Vincent. Carne.
Mírenme, que se hace tarde
y esta desgarrada frontera de piel
ni es lienzo ni es después,
y menos un recuerdo;
que el óleo, ni cadavérico
ni ausente,
que el fraterno óleo
nunca late.

A las rejas de una iglesia

Aquí están, sí, nocturnas, plenas,
los tres clavos del mito no fueron tan fríos,
deteniendo el paso hacia el olvido,
que nadie hay en la morada ni jamás lo hubo
para suerte de la cruz.

Ataúdes de dios (somos), todo nos padece
de rodillas a una nada que no reza,
voracidad que no sacia en ninguna mesa,
sueños que la muerte sueña e ignora.

Detrás, prófugo eterno, imán de las angustias,
reo de las almas huyendo de las penas,
seguirán los mastines borrándote las huellas
para apresarte en un no hallarte nunca,

que las únicas fronteras son los hombres
y a estos hierros le han cargado su figura,
las libero de mi lastre y sigo viaje
me llevo esta prisión bajo la luna.

El origen de las puertas

Humo negro de neumáticos. Una puerta.
Unos pasos más allá y otra puerta, y otra,
y otra puerta. Una ciudad y demasiadas
puertas. La ventana de lo vivo es una
puerta. Los reclamos de los olvidados,
una puerta. Una puerta sus destinatarios.
Cerradura nocturna de entrañas, de huesos,
de carne vulnerable y de tendones tensos.
Puertas, éstas, detrás de los párpados.
Una puerta es un recluso. Puertas de puertas.
Triste mundo hecho de puertas, de resquicios,
de opacidad de mirillas. El miedo es una puerta.
Un resquicio el otro, otra puerta. El viento no
tiene puertas. No tiene puertas la tarde. Una
puerta es un clon, una réplica, otro desconfiado
blindaje. Una puerta es un hombre. Los puentes
cuelgan de resquicios, de hendidjas, de auspiciosas
aperturas restringidas. Un puerta es un resquicio.
Un resquicio es un hombre. Sus sueños, luz de
resquicios, cuelgan de los puentes en racimos de
piel y palabras condensadas. La luz no tiene puertas.
La luz no tiene llaves. Un resquicio es un hombre,
una hendidja, una mirilla. Un mendigo de luz es
un resquicio, un intersticio tramado de intersticios.
Hebras de luz de otros y lo otro. Haces de racimos,
rayos de resquicios. Una hombre es una hendidja.
Su mundo, semioscuridad y luz de resquicios.
La luz no tiene puertas. La vida es un resquicio,
puentes, luz, racimos. La vida es una puerta,
una mirilla rápida, acotada, anecdótica y precaria.
Una puerta es una puerta. Una puerta es un hombre.

Pintar el frente

*“Sueños de laboratorio producidos en serie
desencantan el crepúsculo del quizá.”*

Otra de estas mismas mañanas
y nada que pueda reprocharle al sol
llameante y sin culpa.
¿Adónde ir? ¿Qué hacer ante la sorda
repetición de tanta luz?
¿Qué o quién puso en movimiento
las estrellas errantes?
Ya no sé desde cuándo no amanecen
las mañanas, esas otras mañanas.
¿Adónde está el adónde?
Este aquí es lo que dura,
éste en mí y sus clones son
el siempre así, releyendo los márgenes.
El hondo reclamo se pierde
desde siempre anómalo y continuo;
nada que podamos reprocharle
a un Dios
ni al preciso y sabio mecanismo
de relojería
que termina en el Olvido.

A salvo, aún

Andan allí,
metidos en el arenero,
escalando el tobogán,
subiendo y bajando
las cumbres del cielo,
entrando y saliendo
en el laberinto de caño,
matiz caritativo del Gran Laberinto;
de la ignorancia
y su corto saber
haciendo buen uso,
incluso del olvido,
revaluando la posta,
irónicos y lúdicos,
pero sólo hasta allí,
para después volver perdidos
desde las grises calles de los hombres
a observarla,
sentados en los bancos grises,
viendo desde millones
de necios años luz,
a esa profunda, esa
profunda superficie.

Reconciliación

“Toda palabra es una palabra de más.”

E. M. Cioran.

Tizado con maquillaje de cadáveres,
ignoro en qué dadivoso instante
logré fugarme de allí, y en ese afuera
del mundo, en ese respirable remanso

fue que lo vi suspendido, libando diligente
las flores del verano, inofensiva esmeralda
diminuta, sin garras, sin dientes, sin palabras,
sin manos: el perfecto antipredador.

Etérea criatura de alas invisibles, no busca
la felicidad; no la necesita. De pico rojo es
la exquisita Paz: no se conoce a sí misma
ni se nombra. Todo un anhelo futuro: un colibrí.

Y así atravesar de cabo a rabo, suave,
refinado, la persistente rueda del Saṃsāra.

Tristeza a la mano

Adicta a ti,
la poesía
desdeña
abandonarte,
se afianzan
con apego
a sus pechos
de musa
tus manitas
de niño-amante.

Cómo dejarte,
lazarillo,
es la pregunta,
cómo hacerte
a un lado
sin desvanecerse
acólito
en el sepulcro
de una página
de mármol,
cómo caminar
la vida
sin tus pasos,
cómo curar
los ojos
ciegos
al espanto.

Cómo no caer en el uso y el abuso,
cómo no saldar el saldo,
cómo bien reconocer a la alegría,
cómo no cantar su salmo,
cómo sonreír sin lastre alguno,
cómo no sudar tu sudario.

Adicta a mí,
la poesía
no quiere
abandonarme.
Cómo negarme
al dulce Ser,
cómo no
acostarme
a su lado,
cómo no
mirar tus
ojos tristes,
cómo no
absolver
su legado.

Memoria de la esperanza

Pequeños Vietnam de jardín,
acontecimientos devaluados hasta
el fondo de la nimiedad
envueltos para regalo en las palabras,
lógicas, legales, ineluctables,
humanas.

Y ellos son los mismos
que encumbraron a las rosas,
los mismos que leí tras escribirlas;
¿cómo escapar?,
somos el latente hongo aniquilador
en todas las escalas,
movilizándonos
en el mero acto de vivir.
Balde tsunamis
de un vivo océano de egoísmo
e impiedad.
Búsqueda estética a punta
de rocío de napalm.

La verdad, en todo caso,
o lo más cercano a ella,
cercena extremidades, corta,
acarrea diminutos trozos de hojas
sin preguntas, la verdad.

La verdad, esa palabra
de un lenguaje
de tenazas voraces,
de los más excéntricos vestuaristas,
venidas de la intencionalidad,
de la misma inocente y cruel
voluntad de querer,
voluntad de existir.

Las formas de vida confrontadas
jamás han exigido estarlo.
¿Qué las diferencia a *ellas* del amor?
Apenas el no haber dispuesto de una ciencia,
apenas el no haber reparado en pesticidas,
en un control de plagas para él,
el ingenioso narcisista.

Qué puede decir entonces
un viejo desgastado y en declive
sino que guardes lo que
él ya ha perdido,
ese honesto último y único
recurso, sí:
la memoria de la esperanza.
¿Qué esperabas?
La gris memoria de la esperanza,
esa triste rosa de tinta y de papel.

Los seis elementos

Onírica

Soporte de las formas
ya andabas por ahí
antes que el deseo.
Preludio de las rosas,
vivo espejo de las aguas,
ojos de la lluvia,
vientre del aroma.
He tenido la fortuna
de ser, en tu océano,
esta gota
y lágrima seré cuando las
últimas palabras pronunciadas,
cuando las últimas hebras de
los sueños disipándose
sean olas.

Acuática

Bruto, feroz, remiso,
niño, hombre, enmarañado
en mis anzuelos, acuática;
no un soñoliento camalote,
no un sereno junco de tu orilla.
La trampa del reflejo me
captura otro y la vida se zambulle
en coletazos alegres con
vistas al futuro.
Enséñame a pescar la luz
de lo profundo, cristalina,
en tus estrellas de arroyo nocturno.

Aérea

Voy de ti hacia ti, aérea,
de poema en poema,
una Babel de lirismo por tocarte,
vengo en tus alas de nube para
hallarte e ir recorriéndote
parte por parte.
Estás en todos lados aura, y
te arrincono en el aliento en
que me dejas respirarte.
Sin un Dios réprobo que
trunque el plan para alcanzarte,
canto, vuelo, asciendo,
me ensancho celeste abrazo
al aspirarte.

Ígnea

Ígnea ¿qué no muestras?
Cada espacio iluminado, cada cosa,
te devuelve tu belleza, mi corazón
de Fénix se consume mientras duermo
y vuelve a surgir de las cenizas de
la noche psíquica, cada vez que los
ojos de Brahmā abres al abrir los
tuyos, cuando, nunca sabré cómo,
vuelves día.

Terrena

Cuando la vida inescrupulosa
continúe sin ti, amor,
aguárdame y búscame,
antes o después.
Que divina eternidad será
nuestro pasado irrevocable.
Será recordarte la inminencia
de mi último futuro, terrena,
y prolíficos de ti todos mis
poemas apurarán perfumando
el devenir de las rosas, tierra negra,
tierra de fuego, tierra de agua,
tierra de aire, cuando duerma al fin
por siempre, germinal, contigo.

¿Yo?

Hechos de huéspedes
¿podemos decir yo?;
poder... sólo podemos.
¿Acaso la sombra está en
la luz? ¿Dan sombra las frondas
de los árboles? ¿El suelo
firme bajo ellas las conforma?
También ese enigma que
es el hombre su procedencia
pierde entre las sombras,
ese único animal capaz
de engañarse a sí mismo.
Y aún así, sólo tú irrenunciable,
irrefutablemente mía disputas
con autoridad de amada con las
más bien fundadas teorías.
Por eso me digo hecho de ti,
elemental: onírica, acuática,
aérea, ígnea, terrena...
Hecho de ti, por cierto,
más que de cualquiera de
otras pocas vacilantes cosas.

Crepusculares

Crepusculares

Ígneos, apetentes,
sin paráfrasis alguna,
albergues en donde albergarnos,
anónimos también,
de ermitaña e incólume índole,
tenues y pospuestos: muchos,
cada uno.

Amotinados, los más sufrientes,
lanzando, no sin culpa,
prosopopeyicos e impetuosos
anatemas al viento.

Silente, sordo,
el cosmos (allí, en lo estrellado)
no ha hecho sino devolvernos
el propio lamento,
la misma faena.

Nacidos naciendo,
otro y otro y otro,
(cada ido capullo dejando
su simiente)
a no amilanarse
y a reír;
rían, rían con disfrute de niño,
rían con su mejor contraveneno
aún cuando nadie ha dado cuenta nunca
de lo puntual (e irreversible) del paradero,
del crepúsculo final de los crepusculares.

Entre las dos orillas

Miró hacia dentro y lo supo:
nada lava la lluvia.
Cerró todos los libros,
manotazos de eternidad.

Ex-inocente entre las zarpas inocentes,
el emplumado y pequeño ex-organismo
aceleró el deterioro, la corrupción.
Miró hacia fuera y lo supo:
nacer es ya el adiós.

Miró al otro y lo supo:
Somos despedida –murmuró
y se abrazó deseo
a la carne pasajera.

Miró al niño y lo supo:
nunca termina el desamparo.
Es más, arraiga allí, con fuerza,
en el amparo mismo.

Miró y miró
entre las dos orillas.
Miró y lo supo:
no hay reclamo alguno.

Lo supo al fin
como tú y yo lo sabemos.
Pero descuida
estarás, por cierto, a salvo,
y a salvo de ti, por sobre todo,

cuando ya no te ilumine
con su dorado lodo
la enigmática oscuridad.

¿Me escuchas, Sileno?

*“Lo mejor que podría ocurrirle al hombre
es no nacer, y ya nacido, lo mejor sería
morir lo antes posible.”*

Sileno

Visten las palabras
con porqués
al mundo,
lo visten
con enigmas,
enigmas viscerales

lleva tu decir
el vasto mensaje
de los mares

el mensaje
que siempre
o nunca
se devela

antes del corte,
del barranco
o del exceso,
lo mejor

es lo imposible:
ningún peso,

y lo que queda,
la certeza punzante
de la duda.

Humus ex machina

Puja la muerte. Fértil, preña.
Todos sus vástagos se ciñen
a su piel de cementerio.
Madre de los vivos, nadie o
pocos quieren verlo.
Han tomado sus recaudos de
inocencia, palabras y vendas
de cemento.
Adonde estén, adonde vayan,
bajo sus pies, rodeando las raíces,
el don de lo pasado pare tiempos.

Interior de plantas

En su inerte animación
del solo *para otro*
llegaron sin llegar
y se irán sin irse.
Si pudieran, tal vez,
echarían a reírse
del tormentoso *para sí*
en el que el mundo pasa.

¿Lo querría de otro modo, yo,
también fuego entre el fuego
y que el acero de esa paz
extinguiera mi batalla?
Son lluvias de teas
las que irrigan los pulmones...

... y quizá marche hacia ti,
interior de plantas.

Enraizado en la fracción
que su muralla extienda el tramo
aplazando al paraíso
de victoriosas hojas secas,
si acéfalas e incomprensibles
consumarán lo consumado
y a su tiempo sin tiempo
darán a nadie las escenas.

De vivir esa muerte
esta agua es lazarillo
y humedezco la turba
de su brazo de vidrio;
derramo así el portento,
el futuro fue el inicio,
jardín en el jardín
preparo el equilibrio.

Sementerio

Una C. Un velo.
Una C y Dios no es una
palabra. Una C y la
tierra negra el Paraíso.

Una S. Otro velo.
Una S y Dios una
palabra. Una S y la
tierra negra el Paraíso.

Una C, una S,
una palabra.
Dios, el Diablo,
el Infierno, el Paraíso...

... la Vacuidad,
la Nada, el No Ser,
la tierra negra
sin palabras.

Desmistificación de Benarés

Aquí anida el cielo entre los cuervos,
el río lo ha inundado con secos graznidos.

Creí que iba hacia allí
aún dándole la espalda
y subiendo las escalinatas del Gats,

que todo me acompañaba irremediablemente
antes de acabar o continuar agua y cenizas.

¿Debo pensar que me engañaron
los lugares de la infancia,
que me los ha tendido mi clemencia
antes de respirar este diluir?

Para qué o para quién
no saben los troncos apilados.

Nada hace mundo como la carne herida,
urdimbre en donde Maya tejió su propia duda
con dedos mutilados;
sobre su palma, la palma del leproso,
han puesto la desidia
para olvidarse de sí.

Tan corriente y comprensible como eso,
como el recuerdo que conlleva el olvido,

como esas monedas.

Lo Real

Estaré entre sus raíces,
sin mí, sin herramientas con que
rasgar el cosmos;
completo y silencioso,
lo Real.

El rango del dolor me
subordina a tu momento sin
momento, confundido entre
otros tantos confundidos,
invadido por la atmósfera
antiséptica que arrebató
a tu rock y a tu Bach,
a tus libros y a tus óleos,
a la salvadora puerta
que daba al amor
y a tu jardín divino,
en este pasillo atemporal,
frente a esta habitación
enterrada; ese no-lugar
impreciso y apartado,
impugnado por la decorosa
marcha de lo vivo.

¿Qué será de ti, dime?
¿Qué será de mí?
¿Qué será de ellos?

No me nombrarán para nombrarme.
Hurgarán allí los motivos del ensueño,
en el sin futuro de eso otro.

Despertarán, despertarán tantas pocas veces,
hasta el sonido para nadie.
Y para ese entonces sin entonces X,

(y por ahora duerme, criatura,
que esta garúa de miradas despobladas
son geranios
y los pasos de blancos mocasines
otra música)

ya no habrá

nada que falte.

Palabras alquímicas

“...con el triste saldo de una nueva víctima más producto de la ola de inseguridad que nos toca vivir por estos días.”

Extraído de las crónicas policiales de la época

Pensamientos de metal,
el brillo del metal los recuerdos
con la velocidad del metal.
Ojalá.

Risas de metal,
sexo, infancia,
hermanos de metal,

hijas,
besos, sueños,
esperanzas, todas de metal.

Orificio y bala de
risas, de padres,
de esposa de metal,

gatillo y estruendo de
esperanza, de nietos,
de ilusiones de metal.
Ojalá...

Inicio

Siembran flores
las bombas.
Caen
desde la cultura.
Caen y siembran
futuro sin futuro,
futuro sin
palabras.
Siembran
hierbas,
árboles,
dócil verdor amoral,
invisibles
rocas y
aguas rumorosas,
armonía sin nombre.
Que son sino
mordidas estruendosas e
inocentes
del pathos en
donde se
rasga la herida naturaleza.
Flores
sin
culto,
doctrinas
ni historia,
siembran su cura.
Siembran abejas

y cálidas noches
de cigarras
las bombas ingenuas.
Tánatos
continúa irrefrenable
su rumbo
sin centro.
Hay un
más acá
sin Eros
y sin guerra.

Bajo el banquete

Pasan impasibles a mi espalda,
pasan sus paraguas y
sus húmedas y metropolitanas
indiferencias;
pasan precarios
llevados por su
absorbente senda de
arrogantes hormigas,
pasan y no ven,
al menos no ven
lo que yo, frente
al vidrio lúcido
y semiempañado
por la lluvia:
la cabeza faenada
de un cerdo.

Jaqueado por
el revés de la carne expuesta
sin tapujos,
y no menos precario,
imagino este
alegre pasado sin
mercantilizada muerte
de exhibidores,
o lo que es lo mismo,
sin hombre,
husmeando con hocico

constante
su fangoso edén.

Bendecido antes por el puro movimiento sin ideas
y ahora por la generosa ignorancia del futuro: ya no es.
Ya no me ve, ya no soy para él o lo que fue.
Y algo se venga, tal vez algo en nosotros,
algo nuestro, nosotros de nosotros.

Y no desde lo yerto. Se venga, sí,
de los que deambulan buscándose,
de estos indefinibles interrogantes hacia adentro,
siempre a tientas y noctámbulos,
perdidos en los símbolos,
símbolos perdidos
que ficcionan hacer pie
en su propio cieno.

Vocablos

“Imagino al primer ente consciente de la existencia, cualquiera haya sido su desdichada especie, emitir el primer signo inarticulado, un bosquejo de palabra primordial, seguramente una expresión de aislado padecimiento, tratando de franquear inútilmente su interrogante abismo orgánico.

Si alguna vez, algo, un otro, aguzó su ser para escucharlo, así nació la misericordia, y la misma respuesta.”

A George Bataille

Grietas en la aguja,
borra del café,
ciegas luces diletantes,
disciplinados gendarmes de lo fijo,
evasivas cerraduras que abren llaves.

Cornisas de tinta,
piso en el agujero,
concesión de lo insondable,

geométricos vapores,
huesos de los sueños,
sombras de otras sombras,
humo de señales.

Blancas nubes maniatadas,
lógica del instinto,
juguetes de lo indeterminado,
tiranos del abismo.

Ventanas que dejan
ver ventanas,
sugestión de en serios,
indigencia del borde,
engarzados términos sin término.

Decorosos dioses huérfanos
en busca de su padre,
loca maratón de mutilados
con disparatada meta en todas partes.

Celdas de abeja, humo y miel,
bambalinas del jamás,
socorros muy lejanos,
puentes que saltan,
ladrillos espectrales,
vuelos de búhos disecados.

*“Desconociéndolos,
jugando como niños,
no esperan lo que esperan...
...con papeles glasé y tijeras
en las manos.”*

Nueve en treinta y siete

Huidizos cardúmenes de alas en la fluidez de gruesos tallos,
la amarilla extensión de pétalos empujando al silbido;
su siamés, inmerso, aliviado en paralelas asperezas,
absuelto y volátil, sonriente, depreda lo instintivo.

También sin bastón los cachorros hicieron de la tierra
un sepulcro,
desenterraron en una tarde herética
la hiel
del inspirar y expirar de los encadenados a la horda,
le quitaron los estruendosos, los despabilantes pies de
siamés
y él, prestidigitador innato, el suelo al mundo.

Hecho fauces, los sismos del ñandú persiguieron sus
escombros
mientras Cioran *moría* mendigo, otro de todos,
y la burlona, tosiendo una danza en el polvo del
perpetuo derrumbe,
escupió su lengua informada y sanguinolenta,
para inacabar la arcana noria:
el magma que no cuenta.

Fue el siamés, discreto, lo confieso,
el único que vislumbró sus osamentas.
Somos siendo el mismo otro y siempre otro confesor.

Acaricia Mo, esto que no te cuento; acaricia huevas y
huevas
en la orilla, puntas de tijeras hincando vientres o
el amor filial.

Tengo dos cartas.

Y si una de ellas vacía el orbe, y si te toca
evaporar la nada dándome el juego, el gran sentido,

sus cenizas de augur,

tendré la carta:

le soplaré pulmones a la burlona en mi venganza,
le inyectaré latidos,
antes de saltar
a ser tú.

Remotos

Remotos

Aún cuando hiere, arroyo de hojas cristalinas
mostrándose a la espejada savia en su reflejo,
hunde otra vez su brazo el mismo niño terco
hacia el cifrado cauce de una planta.

De desconfiada navaja sobre un lecho de piedras
es la acuosa distancia que le tiende hasta los dedos,
por la guerra de su serenidad cruza el deseo
que se apresura a volver al criptograma.

Es esa oscuridad la que alumbra a la constancia.
El cuerpo es el abismo más cercano:
fantasía de las almas, transitorio puente
que por ser fantasma puede ser tocado.

Así de inalcanzable es la profunda superficie
que le llena la mano con su nada,
en el ir y venir de los ensayos vanos
se vacía de vacío y se restaura

y al milagroso andamiaje del continuo: nudo,
la corriente le arremanga expectativas,
vuelve a traerle el fondo hasta otro intento
que de tan próximo multiplica lejanías

y otra vez el retorno del retorno
indetenible su motor de soledades
por saber que el inmediato final siempre es posible,
puede esperar paciente a que las aguas bajen.

Días de ver

Te leo allí, junto al recelo, entre
la tabla rasa y tus pocas
palabras sin mirada;
con caracteres mudos transcribo lo
que dices
donde no dices palabras.

Te leo desde aquí, desde este casi algo,
abstraído en esos párrafos que callan.
No silencia a ese silencio
la mordaza del temor,
no pare ciegos el pudor
con sus amarras.

Con asiduas imágenes
persigo a tus ausencias,
con asiduas ausencias
puntualmente nunca faltas,
ignorán todas ellas que dan almas
a hojas huecas: ser veraces deidades
creando de su nada.

Tú, yo, ellas, los demás,
malogrados puertos últimos,

espejismos de destinos
en donde anclar sin detener
la violenta y sola nave
de esperar la espera,
en la que un mismo y falto rostro
lleva esta condena,
la que a todos nos revela
nuestro mismo rostro.

¿Para qué –dirás entonces-
arrojar cuerdas al vacío?
¿Dónde están los que confirmen
qué la verdad no miente?

Escalones de letras, ¿hacia dónde?
Sube lo propio y hacia lo propio
asciende.

Me niego a mí, me niego a este desierto,
me niego a las arenas que de ti me ciegan.

Es mi pena tu miedo,
el miedo es un poniente.

Yo sigo el rumbo de tu luz,
nova reciente,

y con tus días de ver

escribo puentes.

Esfera

Incorpóreo territorio
de aniquilar lo estoico,
esquiva geografía
al arraigo del cartógrafo,
de residencia aérea
enramada entre nosotros,
lindando la inocente tiniebla
de los sordos.

Te miro y nadie escucha.

Intemperie clandestina
y enclaustrada,

de tu isla
tiene el diálogo
olas verdes aplacadas,
gaviotas desde lo alto,
calada aflicción de balsa;

de la mía
el hermetismo
de nunca callarme nada.

No dirá la astronomía
-Los orbita un bar de humo-
Cuando la llave es
la excusa,
esa arcana y noble
causa

que no deja sin fundar
periferias berkeleyanas

despojando de arquetipos
a la ronda de substancias.

Giran.

Puede oír, la rueda,
las suaves notas
de la esfera.

Duermen su vida.

Tu cántales. Acúnalos.

Háblame.

20 del 12

Contemplo acongojado
el cadáver del verano
que todavía no ha nacido.
Me declaro el homicida,
su tiempo despojado y
detenido.
Le guardo la piedad
de haberlo hecho mi enemigo,
las mustias flores
que no tendrá su tumba
las llevaré conmigo.

No lo advertirán las playas,
las plazas, los domingos.
Que otro Lázaro levanten
con su credo
alimentando el espejismo.
No tuvo culpa el desdichado
de no ofrendarme un istmo,
se corrompe sin mañana
este rescoldo
sepultado entre mis libros.

Y si es venganza el vasto páramo
que abrió en sus páginas,
si es castigo,
es encono estéril de difunto,

un desatino;
si destella la esperanza
siempre es en un filo
que a un pesar de incertidumbre
engendra
suspendido
sobre la frágil y
febril
carencia
de los vivos.

Que razón más poderosa
para que suene con
terrones de diciembre
su consuelo de hueco compañero,
de morir en mí según lo dicta
la costumbre
del pozo del recuerdo,
cuando el recuerdo es pozo
y pozo abierto,
para que quepa en él
el cuerpo muerto
de un verano sin ti
que no fue cierto.

La creciente

A lo que nunca fue.

Enero sube, líquido.

Bucear,
descender hasta la copia
de la copia,
hasta el válido intento
de arrojar un parque
en otro año.

Estrategia de sedimentos.

La creciente, pétrea,
bebe el transcurrir.

(No hay deriva que no seas.)

Lo diverso se desliza
confundido
en el declive de la réplica,
sólo réplica, ésa,

la deriva

calco que me trocó en
boca de tormenta

para que no me seque
este torrente;

no hay conato, hay la creciente,
el paso del reposo.

Quién sabe si tendrá
el confín
de un mar a cuentagotas
como bálsamo.

Desde aquí,
el aquí
es el horizonte

y bajará, lo sé,
después del nunca.

Laberintos

*“A la salida de todo laberinto no hay más
que otros laberintos” –dijo para sí el laberinto.
Y encaminándose hacia ellos se adentró en él.*

Una bandada de ojos esmeraldas
surca fulgurante la bóveda nocturna.
Debajo, la ciudad de paredes traslúcidas,
ensayando la muerte,
hace de fe su realidad.
Sin salida, desde ti la observo,
la vemos, junto al minotauro, el tuyo,
ornada de zorzales incandescentes
que tienen por sentido su sin itinerario,
esa vidente prosecución de la voluntad,
mientras *muerde* mi mano el blando jazmín
que no me atreví a ofrecerte,
y me deshoja,
y cada cavilar arrancado es más reflujo.
El corredor en el que cuelgan las glicinas
me lleva hasta el océano,
penetra en el la arena
y a veces el agua misma se llega hasta allí
estirándose desde el muro que será y fue lluvia.
Tu rostro disipado es la memoria,
la marea liberó a tu nombre en playa.
¿Para qué un nombre?, el que no necesitas,
ni yo mientras enfunde la entelequia,
al instinto, tu cardinal.

Me da la luna al minotauro, liviano,
pastando tras las dunas,
condolido y camarada olvidó para mí
el pasillo al exterior.

No me extraviaré ya en él
si me cobija el laberinto.

En mí, el mío, desnudo y proletario,
se ha encontrado.

Ojalá en él te pierdas, laberinto,
y te encuentres encontrándome.

De un dulce tirón corta tu hilo
como hace tiempo yo
me he desprendido del ovillo.

La otra Varsovia

La de las extremidades
impiadosas de la guerra
que esporádicamente se
buscan en la tregua del
helado aire de la noche.
La de las miradas conniventes
que miden en el protocolo
obscenos intersticios con cautela.
La Varsovia del
ghetto de dos que
saben no hay Sentido,
la otra ciudad
que erigimos
debajo de una mesa.

Eternidad que
lleva la rúbrica
de un cielo
en su anónima tumba.
Lápida tallada con
un lírico deseo
que mece los
cabellos sin cuerpos
de Polonia.
Calla, y callando
calla todo lo que sabe;
sabe, y mira a
un porvenir
de eternidades nuevas.

No aquí, claro;
descansarán enigma
para otras sepulturas,
sin flores de deudos
ni eventuales curiosos
visitantes.

¡Que sean para nadie!
Así como nadie
aquí en Varsovia
supo de nosotros
ni que indelebles
de ese antes
somos otra Varsovia.

Dos de nosotros

¿Quién? ¿Tú? ¿O tú? ¿Tú, quizás, o tú?
¿Quién?

¿Dices qué? Y ahora ¿qué? ¿Y ahora?
¿Y ahora qué?

Nunca acaba de arribar que ya se fue.
Sólo guarda los ayeres del recién.

¿Cuál? ¿La de antes o después? ¿Cuál?
¿La de ahora o la que crees?

Acaecida y símil es lo que es,
extranjera en ella, demorada en él.

¿Él? ¿Yo? ¿Quién? ¿Yo, tal vez, o yo?
¿Yo o él?

¿Cómo saber de lo que digo y qué me
quieren responder, ella o ella, él o él?

Caleidoscopios en el mismo carrusel,
ciceón que nos remienda al revolver.

¿Quién? ¿Tú? ¿O tú? ¿Yo, tal vez, o yo?
¿Yo o él?

Cuando seamos lo perdido
te seré.

Ese oculto

Protege a tu bastión mi corteza.
Duerme, soy ése y no yo.
Sea siempre ciega la sonrisa
al ignoto vigía
del envés donde estoy.

Indeclinable la humana consigna,
calumniando al dolor.
Perpetuar el decorado,
transeúnte,
el doblez redentor.

Para ti el eterno simulacro,
esa sed de sol.
Para mí el engendrar tu ensueño,
todo un dios
sin Dios.

Dos ismos más

A mi padre

De allí vengo,
de esa informe y
vaporosa ductilidad
que
llamaste
suelo,
férreamente.

Piso ese
viento
todavía,
ese solidario
don
de sospechosa
seguridad.

Te llevarás,
aún así,
lo que todos
a último momento
(sólo en ese último momento
para no llevarte nada luego),

la tristeza
de haber sido,
de ultimar la muerte
con inocente ignorancia,
aún cuando
el devenir
empuje incontenible
por su turno
y no porque,
en última instancia,
todos nos iremos
para nunca más
volver a irnos

sino porque
nada
quedaría
incluso de nada
en aquellos que,
dejándonos,
se marchen

a punto tal que
pensar “se habrán o no
cruzado con nosotros”
será en vano.

En ese instante es
cuando comienza

la aguda conciencia regresiva
de venir borrándonos
desde siempre,
en cada tutelar ficción,
en ese
nómada e ingobernable
viento mío, pá,
en ese
firme y resignado
suelo tuyo.

Phantasma

Aquí. ¿Aquí? ¿Y por qué no?
Digamos que aquí estoy.
Soy esta voz sin voz, sí.
¿Escuchas? Llego hasta
ti porque no llego.
¿Ves? Ya no soy tú
ni tú eres yo.
¿Lo ves, sí? Sabes de
qué hablo, la eterna esfinge
lo exhibe francamente
al borde del poema.
Ya lo sabes, entonces.
Y lo sabes porque
no lo sabes.
Soy el futuro del futuro,
otro espectro del último espectro,
la clausura provisoria,
lo provisorio de lo provisorio.
Ya no soy yo, sí,
ni tú eres tú,
ya no soy tú, sí,
ni tú eres yo.
Y me miras y me ves,
y no me ves porque
no te veo.
Te miro y no te miro
desde ti,
me veo y no me veo
desde mí.

Y cuánto, cuánto esfuerzo,
y cuánto, cuánto camino,
y cuántos otros, sí,
cuántos, cuántos otros
para una inmensurable
fotografía.

Indecidibles

No hay extranjeros,
todos lo somos,
extranjeros entre extranjeros,
extranjeros de sí
a cada instante,
nunca y siempre.

No hay extranjeros,
todos lo somos,
extranjeros de las palabras,
de las palabras extranjeras,
extranjeros del resto,
del plus extranjero,
todos y
ninguno.

No hay extranjeros,
no los hay;
todos lo somos,
extranjeros entre extranjeros
a cada instante,
siempre y nunca,
extranjeros de sí,
extranjeros de extranjeros,

Mi-tú-nuestras-sus-tramas
esperan lo Real, la diferencia,
la solitaria y última estación,
la completud sin rostro,

mientras tanto
el conflicto y
su reverso,
clavado y
deseoso de
evadirse,
son el Ser.

Fuga del misterio

Bye Gran Pastor,
tu sombra-laboratorio
ensaya aún nuevos pseudoconceptos.
Nortes, millones de nortes colonizadores.
¿Qué guardar en la bitácora?

Los objetos me llaman yo desde
las imágenes,
es así como un histórico mapa de
seducción todo lo engloba y
corona al deseo del deseo,
al futuro del futuro:
la constante insatisfacción.

Bye, bye; la forma agita su despedida
tan líquida como los báculos de shopping,
el paraíso rodeado de alambradas,
miras telescópicas, muros, blogs,
claves, púas, cámaras, sexo virtual.

Se han acostumbrado a amar la bruma.

El oír, qué viaje inconcluso a
las cercanías de las voces de piel,
esas distancias, nieblas,

episodios.
Suenan sus celulares sin ágora.

Todo un río que se ahoga en
otro incierto, donde se hunde
la luna de los viejos amantes.

La caricia (mota de polvo
montada sobre un rayo en la Red,
un rayo lanzado hacia
un remoto punto en
un océano impostor)
está irreconocible.

Se han acostumbrado a amar la bruma.

Se han acostumbrado a amar la bruma.

Otra bruma.

Adiós de Eternidad

Golpean las monedas
tu jarro de limosnas
quitándole un rumor
atávico.

Aquí la intensidad
no tiene Historia
ni porvenir
ni tiene arraigo.

Cada momento efímero
es un despojo del ahora
cuando todo
empieza terminado.

Todo se ha vuelto
tan incierto,
tan vulnerable y
transitorio.

Sólo retornará
lo provisorio,
ya no retornará
el viejo Retorno.

El Siempre tan ambicionado
no murió ni morirá
pero es un Siempre
extraño.

El Siempre solitario que
habla con su eco,
ya otro Siempre,
ha perdido su rebaño.

Encuentro

No alcanzan,
ya no alcanzan las
palabras.
Esas palabras de
rótulos mezquinos

que dicen islotes sin mar,
ausencias, destierros,
que ocultan omisiones en
esta desavenida Historia de
átomos;

porque ni es tú ni es yo
ni es él,
ni siquiera ellos o
vosotros,

no alcanzan
y se hace tarde,
los otros y lo otro en ellas
habrá que revelarse.

Elige que enuncien al coetáneo *-con*,
que estamos dentro y fuera.
Escríbete, texto.
Sal a buscar, al fin,
lo que esperaste.

Invocación

Vengan a mí
palabras nuevas
que nadie antes escuchó
ni escribiré,
vengan a mí.

Vengan a mí
nuevas palabras
que creen al decir,
que no haya que Creer,
que preñen el crear,
vengan a mí.

Vengan a mí
nuevos silencios,
que valgan esperar,
que me hagan esperar
de aquellos que aún no esperan.

Vengan a mí
solidarias palabras sin costillas,
palabras de maíz,
de barro,
palabras que conjuro.

Vengan a mí
ambiguas palabras,
no tomen cautivos,
échense a andar
aunque no me lleguen nunca,
vengan
y déjenme sentir al menos
que de su estar viniendo
lo que vendrá se inunda.

Dionisiáco

Vago en
la riqueza
destellante
del desierto
peligrosamente.

Ya no soy yo,
lo afirmo,
ni nunca lo seré.
Todos los que somos,
intensos y feraces,
para ser, hasta *aquí*,
ya los he sido.

Soy parte del
movimiento creador,
sin raíz alguna,
brisa veleidosa
que venera
el no venerar,
un puro tránsito
desprendido
de ordenaciones
y de taxidermias,
ni coherente
ni incoherente
pues

aún engañándome
¿hasta dónde
pueden objetarme?
¿qué dosis de verdad
un hombre tolera?

Aprendí a no esperar,
lo que no es poco,
y transfiguro así transfigurado,
atendiendo al respetable
llamado
que libera

cuando quiero,
claro, o cuando puedo,
echarme a andar
con pasos de poema.

Índice

Prólogo

Siempre

Sueño N° 0	19
Adiós, Absoluto	21
Siempre	22
Relicario	23
De tu mano, la vida.....	24
Entrar	25
Estrategia de conversiones	26
Presencia	27
El viaje extraordinario	28
Sin el OK de Buda	29
Más por menos “yo”	31
Permanencia	32
Chro-nos.....	34
Alegría.....	36
El recorrido de las cenizas	38
Inmortalidad a la japonesa	40
Extremaunción	42

Amateur

Arribos y Partidas	47
Lo inefable	50
La hoja	51
El coleccionista	53
Amateur	55
Oda a los ratoncitos de laboratorio	58
Sin noticias del Paraíso	60
Orfandad	62
Destello.....	64
Vecinos en las veredas	67
De momento	70

Topos de la luz

Oveja Negra	73
Todavía sueño	75
Pueblo fantasma	80
Oración.....	84
Topos de la luz	85
Las almas de las moscas	86
Ojos de Haiku.....	88
Ese niño	89
Poética y rostros	90
La misma muerte.....	91
La Tumba del Escriba	93

Memoria de la esperanza

¿Dios es un irresponsable que no usa protección?	97
Descuéntalo	99
Melilla	101
Jerusalem	103
Los mismos tiempos de los mismos	106
Historia Universal	108
En el mausoleo del emperador Qin Shi Huang	109
Ahierofanía	112
Nunca, Vincent	113
A las rejas de una iglesia	114
El origen de las puertas	115
Pintar el frente.....	116
A salvo, aún.....	117
Reconciliación	118
Tristeza a la mano	119
Memoria de la esperanza	121

Los seis elementos

Onírica	125
Acuática	126
Aérea	127
Ígnea	128
Terrena	129
¿Yo?	130

Crepusculares

Crepusculares	133
Entre las dos orillas	134
¿Me escuchas, Sileno?	136
Humus ex machina	138
Interior de plantas	139
Sementerio	141
Desmistificación de Benarés	142
Lo Real	144
Palabras alquímicas	146
Inicio	148
Bajo el banquete	150
Vocablos	152
Nueve en treinta y siete	154

Remotos

Remotos	159
Días de ver	161
Esfera	163
20 del 12	165
La creciente	167
Laberintos	169
La otra Varsovia	171
Dos de nosotros	173
Ese oculto	175
Dos ismos más	176
Phantasma	179
Indecidibles	181
Fuga del misterio	183
Adiós de Eternidad	185
Encuentro	187
Invocación	188
Dionisiaco	190



Arribos y Partidas
terminó de maquetarse
un luminoso día de octubre
del año 2012.

